

La presente edición del MANIFIESTO COMUNISTA comprende, además de los prólogos a las ediciones alemanas de 1872, 1883 y 1890, el texto *Conclusiones sobre el Marxismo* del filósofo italiano Rodolfo Mondolfo —inédito en castellano— y el *Elogio del Manifiesto Comunista*, de Aníbal Ponce.

La excelente versión al español hecha por Mauricio Amster directamente del alemán y los textos complementarios señalados, convierten la edición CORMORAN de este monumento político y literario en una de las mejores que se han realizado en nuestro idioma.



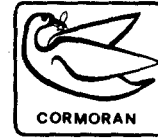
MARX y ENGELS

MANIFIESTO

COMUNISTA



EDITORIAL UNIVERSITARIA



COLECCION

LOS CLASICOS

MANIFIESTO COMUNISTA

**La portada de la edición original reproducida al dorso de esta página,
título: Manifiesto / del / Partido Comunista. / Publicado en febrero de
1948. / Londres. / Impreso en el taller de la «Sociedad Educativa para
Obreros» / por J. C. Burghard. / 46, Calle de Liverpool, Bishopsgate.**

M a n i f e s t

Marx y Engels

der

Kommunistischen Partei.

Manifiesto Comunista

Traducido del original alemán por

MAURICIO AMSTER

con ensayos preliminares de

RODOLFO MONDOLFO

y

ANIBAL PONCE

Veröffentlicht im Februar 1848.

London.

Wird gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter“
von J. C. Burghard.

46. LIVERPOOL STREET, BISHOPSGATE.



Editorial Universitaria

Santiago de Chile

© Editorial Universitaria, S. A., 1970
Inscripción N° 38869
Derechos exclusivos reservados para todos los países

Texto compuesto con fotomatrices
Photon Baskerville

Se terminó de imprimir en los Talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA,
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de marzo de 1971

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

El proyecto de una nueva traducción castellana del *Manifiesto* se remonta a la Guerra Española. El rechazo espontáneo de la asonada fascista y la consiguiente tutela sindical de la producción auguraban un rápido triunfo popular. La edición del *Manifiesto* que en 1936 circulaba en la Península pecaba de ser algo libre y de contener vulgarismos impropios del documento. Era deseable una versión nueva, más fiel al original, y este traductor se propuso hacerla. Pronto la idea se hizo obsesiva hasta el punto de imaginar la edición en detalle, con el pie de imprenta que iba a rezar: Madrid, Federación de Repúblicas Socialistas Ibéricas.

El colapso de la República Española frustró el proyecto, pero la idea persistió. En 1948, al cumplirse un siglo de la publicación original del *Manifiesto*, apareció en Santiago de Chile una «edición del centenario» en traducción nueva, de sólo cien ejemplares numerados. Un amigo argentino la financió; un amigo español grabó el retrato de los autores en talla dulce; la revista *Babel* prestó su sello editor; y la EDITORIAL UNIVERSITARIA se encargó de la impresión.

En aquella época el comunismo estaba proscrito en Chile y el título de la publicación habría podido provocar su decomiso. Con menor razón un censor en otro país confiscó *Rojo y Negro* de Stendhal creyendo que era un manifiesto anarquista. Un amigo chileno se declaró responsable de la edición cuyo centenar de ejemplares se repartieron en privado.

Ninguna discrepancia ideológica, ningún desencanto

con algunas interpretaciones pragmáticas del *Manifiesto* podrán restarle grandeza a esta *Carta Magna* ni empañar la admiración que suscita la majestad de su prosa. La presente versión, revisada y corregida, impresa en los mismos talleres que acogieron a la anterior, pretende, sin afanes partidistas, dar a conocer a sectores más amplios un monumento político y literario que conmovió la Historia.

M. A.

Santiago, agosto de 1970

INDICE

<i>Conclusiones sobre el marxismo, por</i>	
<i>Rodolfo Mondolfo</i>	xi
<i>Elogio del Manifiesto Comunista, por Aníbal Ponce</i>	xxx
<i>Prefacio de los autores a la edición alemana de 1872</i>	lix
<i>Prefacio de Engels a la edición alemana de 1883</i>	lxi
<i>Prefacio de Engels a la edición alemana de 1890</i>	lxiii

MANIFIESTO COMUNISTA

I. BURGUESES Y PROLETARIOS	5
II. PROLETARIOS Y COMUNISTAS	30
III. LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA	48
1. El socialismo reaccionario	48
2. El socialismo conservador o burgués	59
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos	61
IV. ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES	
PARTIDOS DE OPOSICION	67

CONCLUSIONES
SOBRE EL MARXISMO
por *Rodolfo Mondolfo*

En el texto *En memoria del Manifiesto Comunista*, con el cual Antonio Labriola inició — 1895 — la serie digna de recordarse de sus *Ensayos acerca de la concepción materialista de la historia*, existe un breve pasaje que sintetiza eficazmente el significado y fin esencial de la lucha de clases del proletariado, tal cual la entendió y enunció Marx y como se desarrolló históricamente en el movimiento socialista. »El instinto de su propia situación (expresa Labriola) lleva al proletariado, apenas se integra a la lucha política, a entender el socialismo de un modo integral. Vale decir que se fijan, los obreros, en una sola cosa por sobre todas: la abolición del asalariado. Que un solo tipo de sociedad es aquella que hace posible y necesaria la eliminación de las clases; es decir, la que no produce mercancías, y que esa forma de sociedad ya no es más el Estado, sino su contrario, o sea la ordenación técnica y pedagógica de la convivencia humana, el *self government* del trabajo«.

La ligazón que se establece entre la acción política del proletariado y su situación, por consiguiente, dentro de la sociedad productora de mercaderías, las cuales son convertidas en tales por el propio trabajador y determinan su aspiración a la reconquista de su condición de

hombre en el autogobierno del trabajo, puede mostrar la ruta para resolver en conformidad el auténtico pensamiento de Marx sobre algunos de los asuntos más intensamente discutidos con respecto al *Manifiesto* y a la doctrina del «comunismo crítico», acerca del cual el propio Labriola veía la nervatura, la esencia y el carácter decisivo en la «previsión morfológica a la cual el *Manifiesto* se refería por vez primera».

Nos hallamos aquí remitidos a aquella página del *Manifiesto* en que se encuentra vigorosamente delineada la situación actual de los trabajadores, reducidos a mercadería-fuerza de trabajo: «Estos trabajadores, obligados a venderse al menudeo, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y están igualmente expuestos a todas las vicisitudes de la competencia y a todas las fluctuaciones del mercado».

«Con el progreso de la maquinaria y la división del trabajo, la labor del proletario ha perdido todo carácter independiente y, por ende, todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un mero accesorio de la máquina, al que sólo se exige la manipulación más sencilla, más monótona y más fácil de aprender. Los desembolsos que ocasiona un trabajador se reducen, por lo tanto, casi exclusivamente a los alimentos indispensables para su manutención y para la propagación de su especie. Pero el precio de una mercancía y, consecuentemente, también el del trabajo, es igual a su costo de producción. Así, cuanto más aborrecible se hace el trabajo, más exiguo resulta el salario. Es más: en la misma medida en que aumenta la maquinaria

y la división del trabajo, aumenta también la masa del trabajo, ya con la prolongación de la jornada, ya con un mayor rendimiento exigido en un tiempo dado, ya con la aceleración de la marcha de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de trabajadores, hacinados en la fábrica, son organizadas militarmente. Como soldados rasos de la industria quedan sometidos a la vigilancia de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. Además de ser siervos de la clase burguesa y del Estado burgués, son esclavizados día a día y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio y particular fabricante burgués. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto más abiertamente proclama el lucro como su único objetivo».

Resulta, pues, evidente que se entrecruzan aquí diversos motivos que permiten explicar la reacción espiritual de los trabajadores frente a la humillación y al sufrimiento de su situación actual y a la exigencia de provocar un cambio radical.

Dos son los motivos principales que hoy podemos reconocer como intuitos y acerca de los cuales advertía el joven Hegel en sus manuscritos de 1801, que permanecían inéditos, entonces y hasta época reciente, y por consiguiente, fueron desconocidos enteramente por Marx. Había escrito Hegel: «Cuanto más se mecaniza el trabajo, tanto más disminuye su valor y tanto más el individuo deviene en mero instrumento (...). El valor del trabajo dis-

minuye en la misma medida en que crece la productividad del trabajo, (...) las facultades del individuo se restringen *ad infinitum*, y la conciencia del trabajador fabril se rebaja al más ínfimo grado de monotonía» (cit. de H. Marcuse, *Reason a revolution*, p. 70 y de R. Dunayevskaya, *Marxismo y libertad*, p. 11).

Aquí se ligan y expresan en forma indistinta los dos motivos que aparecen más individualizados en el pasaje citado del *Manifiesto*. Hallamos, en primer lugar, lo relativo a la alienación del hombre y de su trabajo, que ya había sido objeto de la reflexión e indignación de Marx en sus escritos de 1843-1845, desde la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel* y los *Manuscritos económico-filosóficos*, de 1844, a la *Sagrada familia* y a la *Ideología alemana*, compuesto en colaboración con Engels, además de varios fragmentos y anotaciones menores del mismo tiempo.

En segundo lugar, hay, con la observación de la conversión del obrero en mercancía, sujeta como tal a la ley de la competencia que la reduce a un valor siempre menguante, la teoría de la »depauperación progresiva« (agravada por el aumento constante de la cantidad de trabajo exigida), de la cual, según Sorel, Marx se habría imbuido en el libro de Engels acerca de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

Prescindiendo de otros elementos menos importantes, esta teoría del empobrecimiento progresivo, asociada a la de la proletarianización, también progresiva de la clase media, ha dado pie a una acalorada discusión y al movimien-

to *revisionista*, que se desarrolló especialmente a partir de Bernstein. La polémica entre los que sostienen que la teoría está confirmada y los que la hallan desmentida por la historia, puede verse resumida en el ensayo de Giorgio Galli, donde, entre otras opiniones, expone también la sostenida por mí desde 1912, en el libro *El materialismo histórico de Federico Engels*, interpretando la miseria creciente ya en sentido relativo, ya como ley de tendencia, la cual, convertida en mito, es usada como estímulo para la acción de resistencia de la clase trabajadora que debe impedir que se transforme en acto.

Mas tanto yo — escribía cuando aún eran inaccesibles los *Manuscritos económico-filosóficos* y *La ideología alemana*, donde se desarrolla la teoría de la alienación del trabajo y del trabajador — como otros escritores que han venido posteriormente expresando puntos de vista análogos a los míos, no parábamos mientes en la importancia que Marx confiere a la alienación misma como impulso reivindicador para el proletariado y, por ende, para su acción revolucionaria en pro de la conquista de la personalidad humana y de la libertad de su desarrollo. La publicación y difusión de los escritos inéditos de 1844-1845 permiten, y más bien imponen, a los estudiosos de Marx ubicar el concepto mismo de »depauperación progresiva« del proletariado en conexión con lo relativo a la alienación del trabajo y del hombre. »Hasta que el hombre no sea reconocido como tal y, por tanto, no esté el mundo organizado humanamente (anotaba Marx en 1844, en un comentario sobre James Mill), su ser social se manifiesta

bajo la forma de la alienación (...). Por tanto su actividad se le aparece como una forma de tormento; su propia creación, como un poder extraño; su riqueza, como pobreza (...); su vida le brota como el sacrificio de ella misma; la realización de su propio ser se le aparece como la irrealización de su vida; su producción, como el producto de su nulificación; su poder sobre el objeto se le aparece como el poder del objeto sobre él. El mismo, señor de su creación, aparece ante sí como esclavo de esta creación».

Sólo por este concepto de alienación como elemento constitutivo del sentido de miseria del trabajador, se puede entender cómo, para Marx, lo esencial para la rebelión del trabajador reside no tanto en la medida del salario, sino en la conciencia de la deshumanización, de la negación de su valor humano y de su exigencia de libertad y desarrollo espiritual. Por ello, sólo a la luz de este concepto de la alienación se puede advertir y entender el significado y la importancia de las declaraciones de Marx, como las contenidas en un pasaje de *El Capital*, oportunamente puesto en evidencia por R. Dunayevskaya en *Marxismo e libertà* (p. 128 de la edición de la Nuova Italia).

»Todos los medios para el desarrollo de la producción se convierten en medios de dominio y de aprovechamiento del productor, mutilan al obrero haciéndole un hombre parcial, lo envilecen en un papel de insignificante piececilla de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido del trabajo mismo, le extraen las potencias intelectuales al proceso laboral en la misma

medida en que a este último se le inserta la ciencia como potencia autónoma. Deforman las condiciones en las cuales trabaja: durante el proceso laboral lo someten a un odioso despotismo del modo más mezquino; transforman el curso de su vida en tiempo laborable; su mujer y sus hijos son arrojados bajo las ruedas del carro del capital (...). La consecuencia es, en la medida en que el capital se acumula, la posición del trabajador, *cualquiera sea su retribución, alta o baja*, debe empeorar» (*El Capital*, I, La ley general de la acumulación capitalista).

Hay aquí un cabal entendimiento del motivo de la alienación, ya desarrollado en los escritos de 1844-1845, con las conclusiones de que la miseria que más oprime al trabajador no es tanto la económica como la espiritual, y como tal no puede ser reprimida ni atenuada por mejoramientos en la remuneración de su trabajo, pues igualmente persiste »sea alta o baja su retribución«.

Es verdad que Marx agrega inmediatamente la consideración acerca de la formación del ejército industrial de reserva (la legión de los desocupados), que da lugar, por vía de la competencia, a la progresiva degradación económica de los trabajadores enfrentados a la acumulación progresiva de capital; pero esto le sirve particularmente para perfilar la previsión del momento del choque decisivo final, y, por otra parte, no la presenta como desunida o separable del momento de la alienación.

»La ley que equilibra constantemente la plusvalía relativa — continúa Marx —, o sea el ejército industrial de reserva, por una parte, y el volumen y la fuerza

de la acumulación, por otra, ata al obrero indisolublemente al capital, en forma más apretada de la que las cadenas de Plutón amarraban a la roca a Prometeo. Esta ley determina una acumulación de miseria proporcional a la acumulación de capital. La acumulación de la riqueza en uno de los polos es, al mismo tiempo, acumulación de miseria, tormento laboral, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto... «

Los dos motivos — aquel de la alienación humana inherente al régimen de la mercancía y de la mecanización del trabajo, y el otro, el del empeoramiento económico producido por la formación del ejército industrial de reserva — se ligan profundamente, pero lo que prevalece y se muestra como decisivo es el motivo de la alienación, que conserva todas sus fuerzas no obstante el posible mejoramiento económico: »ya sea alta o baja la retribución«.

Estas observaciones no vuelven enteramente superflua la discusión habida entre críticos y exégetas del marxismo, en lo referente al significado que debe darse a la teoría de la miseria creciente; mas, deben completarse mostrando que, si bien después de 1845, Marx acoge este motivo y lo pone en evidencia detalladamente, destacándolo, no deja de mano el otro de la alienación, sostenido anteriormente, pero retomado para darle el debido rango.

Podemos, y debemos, por tanto, agregar que mientras el motivo de la miseria creciente estaba destinado paulatinamente a perder — por el propio Marx y más por la generación siguiente — su fuerza por la evolución

misma (económica y política) de la sociedad capitalista y por el desarrollo del proletariado y de su organización y fuerza de presión, muy por el contrario, el motivo de la alienación del hombre estaba destinado a mantener toda su gravedad y a verse siempre en aumento, debido a los progresos de la mecanización industrial y al advenimiento de la automatización. El examen del desarrollo del capitalismo posterior al *Manifiesto*, contenido en el ensayo de Antonio Landolfi, muestra de hecho, con la evidencia de la objetiva reconstrucción histórica, cómo la acción de las fuerzas y exigencias inherentes al capitalismo, al proletariado y al estado moderno, despliegan en los países industriales todo un proceso de transformación económica y política, conducente no sólo a la neutralización y eliminación de la tendencia al empobrecimiento progresivo de las clases trabajadoras, sino, además, a una elevación creciente de sus formas de vida.

En este sentido, varios son los factores operantes: 1) la misma tendencia expansiva del capitalismo, que trae consigo el incremento de la oferta de trabajo; 2) la organización sindical de los trabajadores, que presiona con sus propias fuerzas ya sea operando directamente sobre los capitalistas, ya sea indirectamente, a través de los poderes públicos, de los cuales obtiene la legislación social protectora del trabajo, la limitación de la jornada laboral, la protección para la mujer y los hijos, la libertad de organización y el derecho a huelga, el seguro de vejez y cesantía, la protección de las cooperativas de producción y consumo, las oficinas de empleo, etc.; 3) la inter-

vención creciente del Estado en la economía, con el manejo directo de los servicios públicos y de grandes empresas de importancia fundamental, con la nacionalización de las fuentes de energía, con los trabajos públicos, la planificación y programación general, etc.

Se viene así notando, en buena medida, el advenimiento, en los mismos estados capitalistas, de aquel proceso que el *Manifiesto* fijaba como programa inmediato para el proletariado cuando llegara a »organizarse como grupo dominante«. »El proletariado empleará su poder político para arrebatarse paulatinamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado — es decir [explicaba el *Manifiesto*] en manos del proletariado organizado en clase dominante — y para multiplicar lo más pronto posible el volumen de las fuerzas productivas«.

De este modo, por lo tanto, la amenaza de la miseria creciente es eliminada y reemplazada por la tendencia a un progresivo estado de bienestar que alcanza también a los regímenes de capitalismo privado (además de aquellos de capitalismo de Estado, como el ruso y los afines); y sólo rige con toda su gravedad en los países precapitalistas, esto es en las aún vastísimas zonas de subdesarrollo, donde el pauperismo podrá sólo superarse con el arribo de un capitalismo, privado o estatal, que venga a reproducir el fatigoso proceso de superación ya cumplido por los países más desarrollados.

Queda, con esto, por lo tanto, eliminado en los países capitalistas progresistas el crecimiento de la miseria;

pero, en virtud del proceso mismo de industrialización, que lleva a la superación del problema, se agudiza grandemente en uno de sus aspectos principales el otro: el de la alienación del trabajo y del trabajador.

No hay necesidad de que, por esta agudización, intervengan los sistemas de trabajo forzado del stajanovismo y afines, que el capitalismo estatal no ha vacilado en introducir en Rusia para intensificar la producción. Basta para ello el simple proceso de mecanización creciente del trabajo industrial y, sobre todo, la intervención del automatismo para conducir al grado sumo de gravedad aquella condición alienatoria que Marx describió con trazos firmes y que ya Hegel había sintetizado en su medida observación: »cuanto más se mecaniza el trabajo, tanto más (...) el individuo deviene en mero instrumento«.

R. Dunayevskaya ha presentado, de manera más viva e impresionante, a través de declaraciones de trabajadores norteamericanos, el rechazo que procura esta reducción del hombre a instrumento y a siervo de la máquina, producida por la introducción del automatismo; y Luciano Vernetti, en su ensayo *El marxismo y los Estados Unidos de América*, llega también a idéntica conclusión, señalando que aun luego de haber asegurado al trabajador un alto nivel de vida, el problema de la alienación no puede de hecho considerarse erradicado, pues se vuelve a presentar en nuevas formas — no por ello menos graves y urgentes de resolver — tales como la exigencia y búsqueda de un camino para evitar a los trabajadores la deshumanización producida por la reducción al

mínimo de sus posibilidades culturales y espirituales y por la conversión de estas posibilidades en privilegio de un grupo reducido de tecnócratas, monopolistas del poder.

Ahora bien, es evidente que estas consideraciones son válidas también para los países en los que impera el capitalismo de Estado (signados con el nombre de comunistas). No hay razón alguna para que en dichos regímenes no se produzcan efectos de igual magnitud, si no mayores que en el sistema capitalista privado; ni, por otra parte, las necesidades mismas del progreso permiten, en uno u otro caso, pensar en renunciar a la mecanización y automatización.

Marx atribuía la culpa de la alienación a la división del trabajo y a su alianza con la propiedad privada; pero la abolición de la propiedad privada puede valer sólo para anular aquel elemento de la alienación que reduce a mercancía al hombre y a su trabajo y lo humilla al laborar en provecho del capitalista; no serviría en cambio para eliminar el otro elemento constitutivo de alienación: la reducción del hombre a siervo, de la máquina, autómatas e instrumento de la producción mecanizada. Por otra parte, no viene al caso soñar, como Rousseau, con una abolición de la división del trabajo para devolver al productor su unidad de hombre.

El problema de la alienación del trabajo aparece, entonces, ligado al proceso de la producción industrializada, de modo más permanente y más grave que la amenaza de la miseria creciente: no es sólo privativo del

régimen capitalista, sino que se proyecta en regímenes socialistas, que no desean renunciar al bienestar material de sus asociados. La crítica marxista que puso en evidencia la gravedad de la alienación del hombre, exige entonces una búsqueda de soluciones en beneficio no sólo de cada sociedad capitalista (ya sea de Estado o privada), sino también de una verdadera sociedad socialista que no pueda sustraerse al mismo problema.

Ahora, la división del trabajo, a la cual Marx imputaba particularmente la alienación del hombre era el divorcio entre el trabajo manual y el intelectual, que quita al acto material del trabajo productivo su luz de creación inteligente. El problema que se plantea consiste en restablecer la unidad del trabajo manual mecánico con el trabajo intelectual.

Marx había notado, al tratar en *El Capital* el tema de la jornada de trabajo, la importancia que tiene para el obrero la reducción de ella, lo cual le permite retomar cotidianamente, por algunas horas, la libre disponibilidad de su persona y actividad, esto es la libertad de su propio desarrollo espiritual y la posesión de su inteligencia y creatividad; pero, por otra parte, había señalado también, en su polémica con Bauer (*Sagrada Familia*), la sed de conocimiento y de comprensión, propia de los obreros. Esta sed exige ciertamente la posibilidad para ellos de aprender, meditar y discutir cosas ajenas al trabajo; pero no puede apagarse sólo con ellas y puede ser aplacada sólo cuando se aplique al mismo trabajo y pueda iluminarlo intelectualmente, confiriendo a su ejecutor el carác-

ter de operador consciente, que domina mentalmente su trabajo y no se halla dominado por él, que puede entender lo que hace y por qué lo hace y darse cuenta de la eventual existencia de defectos en él y de la posibilidad de perfeccionamientos que pueda estudiar, proyectar y realizar.

La creatividad inteligente, que antaño poseía el artesano independiente y perdida por el obrero industrial debido al trabajo mecánico y automatizado, puede ser así, en cierta medida, reconquistada mediante una preparación e instrucción adecuadas, es decir superiores a la formación corriente del obrero »calificado« y alcanzable sólo con un grado de cultura que llegue a darle conciencia del complicado proceso mecánico, automatizado, en el cual él participa. La superación de la alienación es, bajo este aspecto, una cuestión de conocimiento, de instrucción, de comprensión. Resolver tal dilema, que ocurrirá tanto en una sociedad capitalista como en una socialista es una tarea cuya urgencia puede ser sentida más bien en ésta que en aquélla, la cual podrá ser enfrentada y resuelta solamente en un régimen socialista, en cuanto esté manejado directamente por los propios trabajadores interesados.

La conciencia de tal necesidad pudo haber inspirado la formulación programática del *Manifiesto*, que ya hemos citado: »El proletariado empleará su poder político para arrebatar paulatinamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, en manos del pro-

letariado organizado en clase dominante«; pero, dada semejante formulación ¿cómo pudo Antonio Labriola escribir en la cita de su *En memoria del Manifiesto Comunista* — que mencionamos al comienzo de este escrito — estas palabras: »que esa sociedad ya no es más el Estado, sino su opuesto, o sea la ordenación técnica y pedagógica de la convivencia humana, el *self-government* del trabajo«?

Nos hallamos aquí, evidentemente, enfrentados a una fluctuación de conceptos distintos y opuestos sobre el Estado, lo cual nos propone el problema tratado en el ensayo de Tamburrano. Hace cerca de medio siglo, debatiendo en mi *Materialismo storico in Engels* (cap. xii) el asunto de las supraestructuras en el materialismo histórico, había comprobado cómo Engels contradice su misma definición de Estado como máquina para la opresión de clase o instrumento de la clase dominante, al admitir una preexistencia de él a la primera división de clases y una función de respuesta a todas las necesidades de la sociedad civil, pero con una propensión a hacerse autónomo de ésta y a dominarla. Tamburrano retoma y amplía tal demostración, haciéndola extensiva a Marx y esclareciendo el concepto de »dictadura del proletariado«, como paso a la supresión de todas las clases y al logro de una sociedad sin ellas, como se realizó en las Comunas de París, o sea contraria a todo concepto totalitario.

De allí que la fórmula de Engels: »en lugar del gobierno sobre las personas aparece la administración de

las cosas y la dirección de los procesos de producción«, lejos de relegar (como él decía) al Estado a un Museo Arqueológico, junto a la devanadera y al hacha de bronce le asigna una función esencial y permanente de planificador y gestor de las fuerzas de producción, que parece anunciar lo que previó Mannheim: »no es la sociedad la que absorbe al Estado; sino el Estado el que absorbe a la sociedad«.

La evolución de las relaciones entre sociedad y Estado, de hecho ha conducido a éste de la observación del principio del *laissez faire* a una progresiva intervención en la economía, bajo las múltiples presiones de las reivindicaciones proletarias, surgidas de las crisis, de las guerras mundiales y de toda una compleja gama de crecientes y nuevas exigencias, en la cual se acompaña la transformación de la sociedad civil, con el aumento del número de asalariados de la industria y de los que dependen del Estado, del sector terciario y de los técnicos necesarios para la moderna producción. Desaparecen progresivamente el artesano y el profesional independiente; la libre competencia cede el paso al capitalismo de las *oligópolis*; predominan por doquiera la rutina y la burocracia anónima; desaparece el espíritu de iniciativa y de independencia; en vez de la demanda de libertad se arraigan el conformismo y la psicología de las masas, ayudados y promovidos por la educación, la propaganda, la acción de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión, orientados todos hacia un fin: la persuasión de las masas, con exclusión del diálogo con los auditores, lectores, espectadores, que absor-

ben pasivamente, sin reaccionar, toda una acción ejercida sobre sus espíritus.

Por otra parte, todo se encamina a la ampliación de las funciones estatales, desde la persistencia en la guerra fría a las necesidades de planificación económica y a la creciente exigencia de obras y servicios públicos en cuya administración el Estado elude, en gran parte, el control del Parlamento y de la opinión. Es cierto que en los países capitalistas el poder se ha venido concentrando en manos de grupos restringidos (jerarquías industriales, militares, eclesiásticas) que buscan dominar la gestión de la cosa pública; pero, por otra parte, se ha ampliado la esfera de intervención del Estado en la economía, para corregir desequilibrios y deficiencias del mecanismo capitalista y evitar riesgos y amenazas de crisis y conflictos ruinosos.

Según una comparación feliz, el Estado actúa como termostato para mantener el funcionamiento regular del mecanismo social y productivo; pero (lo que resulta más importante) interviene también de modo progresivo y creciente y directo, en la planificación, que tiende a independizarse de los intereses de grupo y a dominarlos, introduciendo el concepto de utilidad pública en la dirección de la economía; por este camino, los países de capitalismo privado tienden a semejarse más cada vez a los países de capitalismo de Estado (denominados comunistas). El Estado llega así, como señala Tamburrano, a poner en discusión la esencia misma de la sociedad capitalista.

En este mismo acercamiento sustancial de los países del capitalismo privado al capitalismo de Estado, se halla

inserto el peligro de que se insinúe también en ellos el totalitarismo, que se encuentra ya en fase de desarrollo en la misma sociedad industrial de Occidente. Los elementos y las causas de este totalitarismo son, esencialmente y en todos lados, por una parte la omnipotencia de las jerarquías burocráticas que, en los regímenes comunistas, constituyen la nueva *clase dominante* y tienden a imponerse no sólo en la conducción económica, sino también en la política e ideología de la sociedad; por otra la cultura de masas, determinada por las condiciones de vida colectiva y por todos los factores educativos (a menudo deseducativos) y por la multiplicidad de influjos que contribuyen a transformar al hombre en autómatas, renunciando a su pensamiento independiente y a su personalidad libérrima y activa.

Cierto es que la posibilidad de evitar el totalitarismo no puede ser garantizada con medidas legislativas, las cuales podrían ser una constitución democrática la limitación del poder de la burocracia, la elección de representantes, funcionarios y jerarcas desde abajo en vez de su designación desde arriba, leyes para el control y la obligatoriedad del rendimiento periódico de cuentas a los electores y al público, descentralización, libertad de los partidos y similares. Cualquier constitución, cualquier medida legislativa, es letra muerta si no hay una exigencia pública, enérgica y vigilante para hacerla efectiva y conservar su vigencia.

Sólo entonces la resistencia de la conciencia pública puede volverse eficaz. Sólo entonces la exigencia, fuerte-

mente sentida y vigorosamente hecha respetar, de la libertad de pensamiento, de conciencia, de expresión, de crítica, de propaganda, de reunión, de iniciativa, puede operar eficazmente. Es necesario, por ello, difundir y mantener viva la conciencia del peligro inherente a la mentalidad del *hombre masa*, que renuncia a la autonomía espiritual; es necesario hacer sentir que la libertad no es una pertenencia que, conquistada una vez, se mantiene en pie por su propia fuerza; sino que es una conquista incesante, que es necesario renovar diariamente, hora a hora, con la tensión vigilante de cada uno y de todos. Sólo a este precio podrá tenerse, verdaderamente, una sociedad socialista; esto es aquella asociación que patrocina el *Manifiesto*, en la cual el libre desarrollo de cada uno sea condición para el libre desarrollo de todos.

Buenos Aires, julio de 1965

ELOGIO DEL MANIFIESTO COMUNISTA por Aníbal Ponce*

El 26 de enero de 1848 el Comité Central de la Liga Comunista, residente en Londres, envió al Comité Regional de Bruselas la siguiente enérgica advertencia: »El Comité Central, por la presente, encarga al Comité Regional de Bruselas comunique al ciudadano Marx que si el Manifiesto del Partido Comunista de cuya redacción se encargó en el último congreso no ha llegado a Londres antes del martes 1° de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx«¹. La nota lleva las firmas del cajista de imprenta Carlos Schapper, del relojero José Moll, del zapatero Enrique Bauer.

El »ciudadano« Carlos Marx, justo es decirlo, estaba acostumbrado a escuchar esta especie de reclamos. Su profesor Bruno Bauer, primero, su camarada Arnoldo Ruge, después, su amigo Federico Engels, por fin, le habían reprochado más de una vez su desesperante lentitud

*Conferencia pronunciada el 5 de mayo de 1933 en la Facultad de Derecho de La Plata con motivo del cincuentenario de la muerte de Marx.

¹ RIAZANOF, *Marx y Engels*, pág. 61, traducción de M. P. Alberti y H. B. Delio. Editorial »Claridad«, Buenos Aires, 1933.

xxx

en el trabajo. Con una clara conciencia de su responsabilidad, con un espíritu crítico de tal modo exigente que nunca lo dejaba satisfecho, Carlos Marx corregía y rehacía sus obras tantas veces que el tiempo se le iba insensiblemente entre las manos.

Paseando de un lado a otro a través de su cuarto de trabajo² — un poco inclinada sobre el pecho la cabeza soberbia de greñas aborascadas —, gustaba poner en orden sus pensamientos largo tiempo antes de hacerlos descender hasta la punta de la pluma. Pero una vez sentado a trabajar, la lucha del estilo, no menos penosa que la otra, comenzaba. Porque aquel moreno muchachote de treinta años guardaba un noble amor por Homero y por Virgilio, a pesar de su Hegel y Ricardo. Trece años atrás, al dar prueba de composición literaria en el Gimnasio de Tréveris, el jurado le había rendido un elogio cabal, pero no tan completo, sin embargo, como para no permitir insinuarle algún reproche por la rebusca insistente de la expresión inusada y la metáfora suntuosa³. Esa »rebusca insistente« no había disminuido con la madurez: en Marx, el pensador no miraba en menos al artista. Nutrido de los viejos clásicos tanto como de las letras nuevas; capaz de saborear lo mismo un »canto« de Heine que un »triste« de Ovidio, Marx había tenido la fortuna de encontrar además en su niñez feliz esa atmósfera cordial de la literatura racionalista del siglo XVIII en que alternaban sin

² MEHRING, *Carlos Marx*, pág. 528, traducción de W. Roces, editorial Cenit, Madrid, 1932.

³ MEHRING, obra citada, p. 15.

xxxi

contrastes bruscos la pasión de Diderot y la sonrisa de Voltaire. Viejo jacobino de Renania, enamorado de la claridad francesa y la elegancia latina, el padre de Marx no sólo supo preservarlo a tiempo del fanatismo escolástico y del misticismo »servil«⁴, sino que le dio, además, como secreto de la crítica lúcida, su propia fe en la inteligencia y la ironía: la inteligencia, que todo lo somete a prueba sin provocar nunca el desorden; la ironía, que todo lo anima sin fijarlo en un dogma para siempre.

Por su ambiente, por sus gustos, por su educación, Marx se complacía en reconocerse como una rama florecida sobre el tronco añoso de la Enciclopedia⁵. La burguesía alemana, en retardo sobre la francesa, no había respondido sino a medias al vendaval de la Gran Revolución. Sus teóricos más alertas — Kant primero, Fichte luego, Hegel después — no pudieron sin embargo permanecer indiferentes, y gracias a los filósofos, ya que no a los po-

⁴En su tesis doctoral sobre *La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, Marx alude al »misticismo supersticioso y servil«. Ver MARX, *Oeuvres philosophiques*, tomo 1, p. 71, traducción de J. Molitor, editor Costes, París, 1927.

⁵»El conjunto de ideas que representa el socialismo moderno es sólo el reflejo en la inteligencia por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados, y por otro, de la anarquía que reina en la producción. Pero su forma teórica aparece desde luego como una continuación más extensa y más lógica de los principios formulados por los grandes filósofos franceses del último siglo«. ENGELS, *Socialismo utópico y socialismo científico*, traductor Atienza, editor Beltrán, Madrid, 1930.

líticos, la Alemania de comienzos del siglo XIX podía considerarse a la altura de su tiempo⁶.

El concepto de un mundo en permanente evolución, que había tenido en Diderot su anunciador y en Condorcet su apologista, adquirió en Hegel la vasta repercusión de una doctrina y un método; una doctrina, para la cual todo lo existente vive y actúa en la medida en que contiene el germen de una contradicción; un método, mediante el cual nos es posible asir esa contradicción como raíz de de toda lucha y de todo movimiento⁷. Pero Hegel, con haber dado a la doctrina las proporciones de una inmensa sinfonía, no había sabido desprenderla de los residuos teológicos⁸ que la invalidaban. Tras de la idea absoluta dirigiendo la historia, se disimulaba apenas el viejo Dios de Bossuet que la burguesía francesa había destronado, y no contento con eso, Hegel, profesor del Rey de Prusia, traicionaba además su propio método. Aquel Espíritu universal cuya marcha a través del mundo y de la historia

⁶»Somos los contemporáneos filosóficos del tiempo presente, sin ser los contemporáneos históricos«, decía MARX en su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. (*Oeuvres philosophiques*, tomo 1, pág. 93).

⁷PLEJANOF ha expuesto un resumen muy feliz del método dialéctico en *Dialéctica y Lógica*. Figura como un apéndice a su libro *El arte y la vida social*, traducción de Jorge Korsunsky, Editorial Cenit, Madrid, 1929.

⁸»La unión de la filosofía y la religión, de la cual partía en su época juvenil, no fue nunca abandonada por Hegel, que siempre puso de relieve el fin común de ambas«. MOOG, *Hegel y la escuela Hegeliana*, p. 38, traducción Gaos, »Revista de Occidente«, Madrid, 1931.

iba despertando los seres a la vida y los hombres a la libertad, detenía en la Alemania de Federico su movimiento eterno. ¡Como si tamaño viaje a través del Universo y de la vida pudiera merecer como remate la apoteosis grotesca de un Estado despótico!

Durante algunos años, Marx vivió bajo el hechizo de aquel amplio sistema en que los pueblos y los tronos, las religiones y las artes, las instituciones y las costumbres desaparecen, o nacen, se despedazan o progresan, según el curso que les imprime sus ocultas contradicciones agudizadas. Pero tanta Idea absoluta y tanta *tesis* y *antítesis*, y tanta *negación de la negación*, después de embriagarlo largo tiempo, determinaron a la postre un »verdadero furor irónico«⁹. Y esa ironía lo salvó. Del idealismo hegeliano que lo tuvo subyugado, Feuerbach lo llevó de nuevo hasta el cauce realista de la Enciclopedia. Heredero del materialismo francés, Feuerbach esgrimió contra el Estado absoluto magnificado por Hegel, las mismas armas filosas que al »Tercer Estado« procuraron en Francia tantos triunfos: la duda escéptica y el ateísmo epicúreo. El elemento revolucionario, contenido, pero ahogado en la filosofía de Hegel, adquiría sólo a través de Feuerbach su expresión más auténtica. Con él, la Idea absoluta descendía de las nubes en que Hegel la había transportado, y al contacto de la realidad humana a que Feuerbach la

sometía, apenas si dejaba el turbio residuo que es común a todos los sistemas religiosos. »El hombre es, para el hombre, el ser supremo«, afirmaba Feuerbach; y al trasladar sobre otro plano el conflicto perenne en que la *antítesis* reta a duelo a la *tesis*, quedaba implícitamente sugerida la necesidad categórica de echar por tierra a cuantas formas sociales mantuvieran al hombre en la servidumbre y la miseria.

Marx saludó, entusiasmado, esta filosofía que no sancionaba, como la de Hegel, la iniquidad y el despotismo, y que acogía en la entraña, como una promesa de triunfo la varonil incitación de los »principios enérgicos«. En su tesis doctoral sobre *La filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, había escrito Marx estas líneas elocuentes: »una ley psicológica quiere que el espíritu teórico se transforme en energía práctica al recobrar su libertad«¹⁰. Con excepción de Epicuro, que desafió a los dioses en un arrebato heroico, Marx echaba de menos en todos los sistemas materialistas en filosofía, la impulsión vigorosa de esa »energía práctica«. La descubría ahora llameante en Feuerbach; pero así como en Hegel el prusiano traicionó al dialéctico, en Feuerbach también el intelectual traicionó al luchador. En vano Marx lo incitó a la acción en una carta contagiosa de fervor juvenil¹¹; Feuerbach respondió con cortesía, pero sin fe. Después de haber lanzado como una catapulta su doctrina audaz,

⁹Lo dice así en una carta dirigida a su padre, y fechada el 10 de noviembre de 1827. Pueden leerse los pasajes esenciales en MAX BEER, *Carlos Marx, su vida y su obra*, pág. 29, versión española de Julio Ion, Editorial N.E.O., Buenos Aires, 1933.

¹⁰MARX, *Oeuvres philosophiques*, tomo I, pág. 75.

¹¹Los párrafos más esenciales figuran en MEHRING, ob. cit., pág.

se replegó taciturno en un silencio austero, sin importarle desde luego que la vida pasara rugiendo sobre su cabeza.

Aquella decepción fue para Marx el estímulo postre-ro que aún necesitaba. El hombre de Feuerbach, desvinculado de la acción, no pasaba de ser una figura abstracta. Poca cosa es asegurar que cada uno de nosotros es un producto pasivo del medio en que vive, una materia plástica que la sociedad moldea. La observación más elemental demuestra que dentro de un mismo medio la diferencia entre los hombres es enorme. El paisano que La Bruyère vio arrastrándose sobre la tierra; el obrero que Lord Byron oyó gemir sobre las máquinas, parecen de un mundo bien distinto al de los nobles que escuchó Froissart o al de los clérigos que pintó Rabelais. El medio social en que vivimos no es por lo tanto homogéneo; en el curso del desenvolvimiento histórico, las contradicciones surgidas dentro de su seno han creado determinadas relaciones económicas que engendran y explican las diferencias de los hombres en su situación social.

Diecisiete años tenía Carlos Marx cuando sospechó por vez primera esa idea directriz a cuyo desarrollo había de consagrar toda su vida; idea de tan extraordinario contenido que todavía no ha agotado su eficacia. En el examen de composición literaria a que ya hicimos referencia, se le había dado por tema: »Consideraciones de un joven antes de elegir carrera«. Mucho, sin duda, debió reflexionar el muchacho sobre el tema porque dejó caer a la pasada esta observación definitiva: »No siempre po-

demo abrazar la carrera a que nuestra vocación nos llama; la situación que ocupamos dentro de la sociedad empieza ya, en cierto modo, antes de que nosotros mismos podamos determinarla«. Idéntico problema reaparecía, diez años después, con un sentido nuevo. Las relaciones económicas que al nacer nos fijan ya una determinada situación social, son formas de equilibrios creadas por los hombres y que los hombres han transformado varias veces a lo largo de los siglos. Lejos de ser producto pasivo de las circunstancias — una resultante del clima, de la raza, de la tierra o la montaña — el hombre modifica con su acción las condiciones de su existencia, y al transformar de tal manera su modo de vivir, resulta a su vez modificado.

Un dilatado horizonte se abría así para la filosofía. Hasta ese instante los pensadores más ilustres habían defendido con orgullo la soledad de la inteligencia. Y ese era su vicio, su miseria y su tormento. Una filosofía que no vaya unida a una política »no llegará a ser nunca una verdad«¹².

Si el pensamiento teórico no constituye, de ninguna manera, toda la actividad humana; si además de explicar el mundo, la filosofía debe transformarlo, ¿qué clase social tomará entre sus manos la magnífica empresa? ¿Qué clase social podrá sentir la necesidad de una revolución capaz de arrasar con las barreras burguesas que dividen las clases; como la burguesía de otro tiempo derribó las barreras feudales que impedían su triunfo? Hay una sola

¹²MEHRING, ob. cit., pág. 66.

clase, contestaba Marx, capaz de emprender por cuenta propia la emancipación del hombre; una clase en cuyas condiciones de existencia se encierra todo el mal de la sociedad presente; »una clase que representando en una palabra la total pérdida del hombre, sólo pueda volver a encontrarse a sí misma encontrando de nuevo totalmente al hombre perdido«¹³. Esa clase — el proletariado — sobre la cual descansa todo el peso social, será por eso mismo la que más interés ha de tener en transformar el orden existente. Pero el proletariado de hoy se distingue de todas las otras clases esclavizadas o serviles que la historia ha conocido, porque es el producto no tanto de la miseria naturalmente existente, como de la miseria artificialmente producida. Consecuencia directa de la introducción de la máquina en el trabajo del hombre — no del hombre en abstracto, sino del »hombre burgués« — el proletariado demuestra con su misma miseria todo lo que hay de insuficiente en el orden actual. Y si por la sola acción de su presencia anuncia la disolución de la burguesía, es porque el proletariado constituye, precisamente, la disolución efectiva de ese orden social.

Sin abandonar todavía el terreno propiamente filosófico, el pensamiento de Marx iba adquiriendo de tal modo una nitidez y un vigor incomparables. *La filosofía, había dicho su maestro Hegel, no es otra cosa que el tiempo aprehendido en pensamiento.* Después de mucho andar y desandar, la realidad de su tiempo ofrecía a Carlos

¹³MARX, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en *Oeuvres philosophiques*, tomo 1, pág. 106.

Marx la solución que buscaba. Se arrojó sobre ella, vorazmente, con la plenitud de su »principio enérgico«, y fuerte ya en la doctrina y en el método, se dispuso a elevar hasta la limpia conciencia de su propia misión lo que no había sido hasta entonces más que empañada conciencia en el proletariado.

Muchos otros, sin duda, le habían precedido en la tarea: desde los bravos tejedores de Lyon, cuyo estandarte negro simbolizó por vez primera en 1831 las reivindicaciones de su clase, hasta aquel digno y heroico Tomás Moro, del siglo xvi, cuya cabeza sangrienta clavada para escarnio sobre el puente de Londres, ha dado desde entonces a su noble *Utopía* yo no sé qué terrible lobreguez de tragedia¹⁴. Pero en el insurrecto desesperado o en el utopista generoso, faltaba precisamente la conciencia del tiempo aprehendida en pensamiento. Los mejores y más tenaces andaban todavía por ahí derrochándose inútilmente en la conspiración o en el ensueño, sin saber por qué luchar, sin saber cómo construir. Algunos seguían suspirando por Repúblicas platónicas, nacidas por arte de encantamiento sobre algún peñón aislado, ¡como si no hubiera sido precisamente en una isla en donde la industria del siglo xviii alcanzó por vez primera la expresión más violenta!

Otros, menos soñadores, pero no menos ingenuos, se lanzaban a reformar la sociedad con su puñado de

¹⁴La colección *Scripta Manent*, de París, publicó hace algunos años de la *Utopía* de Moro una excelente traducción de Víctor Stouvenel.

lástimas para el proletariado; como ese lúcido y frío señor de Sismondi, analista admirable de la superproducción y el pauperismo, pero enemigo irreductible de la soberanía popular¹⁶. O como ese buen Charles Fourier, legislador prolijo de comunidades inexistentes, enemigo implacable del comercio y del »honor« burgués, pero creyente, como Leroux, en las virtudes ocultas de los números; ese buen Charles Fourier, tan grave y tan ceremonioso con su pulcra elegancia de notario, y tan confiado siempre en la justicia eterna que malgastaba invariablemente dos horas de cada día en aguardar al millonario desconocido que habría de traer la fortuna necesaria para fundar su falansterio...

Cierto es que Owen, Saint Simon y Proudhon habían llegado hasta un nivel más alto. Pero los defectos de aquéllos reaparecían en éstos con una intensidad que era, a menudo, mayor. Owen en verdad había sido un gran realizador, aunque sobre el terreno tímido y prudente de las cooperativas. Mas después del fracaso de su colonia »La Nueva Armonía«, pocas cosas más trágicas y cómicas que las andanzas de este hombre por las cortes de Europa ofreciendo aquí y allá su »sistema racional de la Sociedad«. Saint Simon, genial y extravagante, no puede entrar tampoco entre la turba pintoresca de los

¹⁶ Los utopistas han sido juzgados por Engels en páginas definitivas. Con un criterio distinto y por lo tanto antimarxista, ha sido escrito el libro de ISAMBERT, *Les idées socialistes en France de 1815 a 1848*, editor Alcan, París, 1905. Lleva este subtítulo expresivo: *El socialismo fundado sobre la fraternidad y la unión de las clases*.

proyectistas y los »inventores«¹⁶. Pensador penetrante, afirmó que la economía absorbería alguna vez a la política y que el Estado reduciría sus funciones a dirigir la producción. Mas vislumbraba tan poco en el proceso histórico que hervía en torno suyo, que no sólo confiaba en la Santa Alianza para sacar triunfantes sus proyectos sino que anunciaba además, y a un dos por tres, revelaciones desconcertantes. El Saint Simon que a los trece años fue encerrado por su padre en Saint Lazare como castigo ejemplar por no haber querido recibir la comunión, era el mismo Saint Simon que treinta y dos años después aseguraba que el Supremo Hacedor se le había aparecido. Ciertamente es que en la extraña visión ya no estaba Cristo sino Newton a la diestra de Dios; pero aquel Ser Supremo, por respetuoso que fuera de la ley de la gravitación, no dejaba de inspirar ciertos temores entre las manos de un reformador social. Proudhon, por fin, merece también un puesto aparte¹⁷. Crítico endiabladamente; charlatán petulante; del brazo hoy de los conservadores, del brazo mañana de los revolucionarios; orgulloso ante todo de una frase que después resultó que no era suya y que él mismo fue desmintiendo por etapas en cada nuevo libro; candoroso hasta creer que Napoleón III, »tirano humanitario«, podría ser muy bien el brazo armado de

¹⁶ Véase sobre Saint Simon, LEROY, *La vie du Comte de Saint Simon*, editor Grasset, París, y DUMAS, *Psychologie de deux messies positivistes: Saint Simon et Comte*, editor Alcan, París.

¹⁷ Sobre Proudhon es clásico el ensayo de SOREL, *Essai sur la philosophie de Proudhon*, en *Revue Philosophique*, París, 1892.

las doctrinas socialistas. Proudhon había descubierto sin embargo algún filón de metal noble entre la escoria fan-
gosa de su *Sistema de las contradicciones*.¹⁸ Pero si el haber comprendido que las leyes de la economía política son las leyes de la historia bastaría, sin duda, para tratarlo con respeto, la organización de sus sociedades anarquistas en que asumía funciones de Primer Ministro el secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, recordaba por demás las fantasías ingenuas de Morelly o Campanella con sus reyes filósofos dirigiendo la marcha de las *Islas Flotantes*, o con su Gran Metafísico tomando entre las manos los destinos de la *Ciudad del Sol*.

Utopistas completos o utopistas a medias¹⁹, ninguno de ellos abordaba los problemas de su tiempo con el análisis implacable de Marx, con el rigor de su método, con la limpidez de su crítica, con el sentido revolucionario de la historia. Su concepción del drama humano como un producto de las contradicciones entre las clases sociales se había insinuado ya en la *Crítica del Derecho de Hegel*; había adquirido más firmeza en el panfleto despiadado de *La Sagrada Familia*²⁰, y un cierto tono de arrogancia bélica en los sarcamos magistrales de *Miseria de la*

¹⁸El editor M. Aguilar, de Madrid, publicó el año pasado una traducción española de Alejandro Bou: P. J. PROUDHON, *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*.

¹⁹Antonio Labriola, como Menger, se resiste a colocar a Saint Simon entre los utopistas. Ver ANTONIO LABRIOLA, *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, traducción de Alfred Bonnet, pág. 34, nota, editor Marcel Giard, París, 1926. No comparto esa opinión.

²⁰No ha sido traducida al español, que yo sepa. Forma los tomos

*Filosofía*²¹. Faltaba precisar, sin embargo, sobre la humilde y descarnada realidad económica, lo que había sido hasta entonces genial hipótesis de trabajo. Un compatriota suyo, renano además, como él, le trajo entonces el auxilio inapreciable de su talento y de su ciencia.

La historia de aquella amistad, uno de los espectáculos más edificantes del siglo XIX, no ha encontrado todavía el panegirista entusiasmado. Pero de la unión de Marx con Engels ha surgido, como quizás no hubiera sido posible en otra forma²², esa imbatible fortaleza del marxismo en que las ciencias viejas y las ciencias nuevas desembocaron tumultuosas a través de dos muchachos, genial el uno, talentoso el otro, y tan moreno aquél, como rubio éste, pero idénticos los dos por la generosidad y el entusiasmo. Lo que Marx había hallado descendiendo desde la filosofía venerable, Engels lo había encontrado en las condiciones miserables del obrero inglés. Neohegeliano, como Marx allá en su juventud, Federico Engels no se hallaba a sus anchas, sin embargo, sino sobre el terreno firme de la etnografía y las ciencias naturales. Jacobino también en sus mocedades, hasta el extremo de afirmar que La Marsellesa aleteaba todo el día sobre sus

II y III de las *Oeuvres philosophiques*, en la edición Costes, París, 1927-1928.

²¹Hay una edición económica de la traducción española de Me-
sa, publicada por «Actualidad», Buenos Aires.

²²Es completamente injusta la actitud un poco despectiva de
BEER con respecto a Engels. El traductor de la edición argentina, señor
Julio Ion, ha hecho a ese propósito una rectificación exacta. Ver nota de
pág. 44 (BEER, *Marx, su vida y su obra*).

labios; imbuido de pensamiento francés, y quizás de sangre francesa, porque se complacía en remontar sus ascendientes hasta cierto hugonote Ange refugiado en Alemania²³, Engels se movía entre la maraña de los hechos con más agilidad que Marx²⁴. El observatorio además que él había escogido, tenía sobre el de Marx una ventaja innegable: la revolución industrial, no muy acentuada todavía en Alemania y Francia — los únicos países que Marx había estudiado — dividía ya a la sociedad inglesa en dos líneas tendidas de enemigos en acecho. Aquellas »dos naciones« de que hablaba Disraeli — explotadores y explotados —, agudizaban de tal modo las contradicciones de la sociedad presente, que no se requería gran esfuerzo para captarlas. Lo que en Marx fue el final de un largo drama intelectual, en Engels fue un hallazgo casi feliz. Pero cada uno guardaba por eso, en su dominio, una superioridad que le era propia: confesando Engels alguna aversión respecto a las teorías, reconociendo Marx cierta torpeza en el manejo prolijo de los hechos²⁵.

A mediados del siglo XIX nadie estaba en condiciones mejores que las suyas. Perseguidos los dos, los dos desterrados, tenían bien probada la devoción a las ideas. En ambientes muy distintos las habían sometido al contralor de los hechos, y fuertes ya, con la seguridad que dan las convicciones profundas, se disponían a salir ahora al encuentro de las masas. Las masas, mientras tanto, esta-

ban sedientas de doctrinas. En Alemania, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, Marx se había acercado hasta los centros obreros, con admiración siempre cordial, y hasta había creído ver en los escritos del sastrecillo Weitling las botas de siete leguas del proletariado. Mas a pesar de su talento, Weitling no había conseguido arrancarse a la utopía. Soñando siempre con revoluciones espontáneas, confiaba mucho más en la canalla andrajosa que en el obrero ilustrado²⁶. Por tal camino, claro está, no se saldría jamás de la revuelta estéril. Con la alianza fraternal de Engels, Marx se entregó por eso a organizar y a educar a las masas²⁷, convencido como estaba de que no basta tener jefes resueltos para lanzarlas cualquier día sobre la ruta de la revolución.

El Congreso de Londres, en el verano de 1847, fue su primer triunfo ruidoso. Las diversas corrientes del proletariado, representadas por escasos delegados, resolvieron fusionarse en la Liga Comunista, editar una revista popular²⁸ y elaborar el proyecto de una »profesión de fe«

²³La ruptura de Marx con Weitling, en 1846, no fue más que un anticipo de la ruptura posterior con Bakunin. La conducta de Marx, en ambos casos, no puede ser más consecuente. Es sabido, por otro lado, que en 1843, cuando Weitling fue arrestado en Suiza, Bakunin apareció entre sus adeptos. RIAZANOF, ob. cit., pág. 51.

²⁷Ese aspecto de Marx como organizador, descuidado por Mehring, ha sido bien expuesto por RIAZANOF, ob. cit., pág. 55.

²⁸La revista, de la cual apareció un solo número, ha sido íntegramente reproducida por Riazanof en su apéndice al *Manifiesto Comunista*. Véase la edición Cenit de dicho Manifiesto en la traducción de W. Rocés, pág. 342. Es de un enorme interés.

²³RIAZANOF, ob. cit., pág. 25.

²⁴MEHRING, ob. cit., pág. 278.

²⁵MEHRING ha hecho un paralelo feliz, ob. cit., pág. 250.

que debía ser, en cierto modo, la bandera visible de la Liga. A Marx, a Engels y a Hess se encargó la redacción de los proyectos²⁹, y una vez discutidas las tesis de cada cual en el nuevo Congreso de noviembre del mismo año, se resolvió confiar a Marx la redacción definitiva. Ese era el manifiesto que el cajista Schapper, el relojero Moll y el zapatero Bauer reclamaban de Marx a fines de enero de 1848, con una energía que podría parecer violenta si no se prefiere ver en ella la urgencia casi dolorosa de una clase oprimida que pugnaba por hallar en la prosa del filósofo el reflejo de su propia conciencia, la tensión de su propia voluntad. »No basta que el pensamiento busque la realización — había escrito Marx en otros tiempos —; es necesario que la realidad sienta la apetencia de ese pensamiento³⁰. Dábanse ahora las dos corrientes que confluían: la historia ascendiendo hasta la filosofía, la filosofía poniéndose al servicio de la historia.

Emocionante momento del drama humano que ha dejado como recuerdo memorable las 23 páginas in octavo³¹ del *Manifiesto Comunista*: prodigioso portal levantado a mitad del siglo XIX para que pasara por él, rumoroso y pujante, el espíritu nuevo.

²⁹Sólo ha llegado hasta nosotros el proyecto de Engels, conocido con el nombre de »Principios de Comunismo«. Descubierto por Bernstein en 1913, va incluido en el apéndice de la edición Cenit del *Manifiesto Comunista*, como también un artículo de Hess, de noviembre de 1847, y que ilustra bastante bien sobre sus ideas.

³⁰MARX, *Oeuvres philosophiques*, tomo I, pág. 99.

³¹Así apareció en la edición original de febrero de 1848, en Londres.

El *Manifiesto*, de una sobriedad admirable³², consta de cuatro párrafos y una breve introducción. No voy a incurrir, de más está decirlo, en la redundancia de explicarlo, ni a intentar tampoco la tarea imposible de concentrarlo en pocas fórmulas. Para cada uno de vosotros, además, el *Manifiesto Comunista* — lo afirmaría sin vacilar — constituyó en la adolescencia una de esas lecturas juveniles que se quedan prendidas al recuerdo con una gratitud emocionada. Pensado y escrito para un movimiento obrero que se incorporaba a la vida, el *Manifiesto* conserva cierta frescura de amanecer, cierta acritud de

³²Aunque es difícil probarlo es casi seguro que el *Manifiesto* ha sido redactado únicamente por Marx. De los historiadores que se refieren a dicho documento, Riazanof es el más afirmativo: dice textualmente, en efecto, que »ha sido escrito sólo por Marx« (*Marx y Engels*, pág. 60). Pocas páginas después, sin embargo, atenúa esa afirmación: »El Manuscrito Comunista había sido escrito casi únicamente por Marx« (pág. 84). Me inclino a creer lo primero, sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que Marx no haya aprovechado ampliamente el proyecto de Engels. Tal como conocemos este último, en la forma de catecismo tan corriente en su época resulta excelente para la propaganda y no contiene una línea que Marx no hubiera podido firmar. Pero es evidente también que sólo en la redacción que le dio Marx adquirió su enjundia de documento inmortal. Es muy probable que Marx tuviera bajo sus ojos el proyecto de Engels cuando escribió su *Manifiesto* y quizás también el de Moisés Hess. Ignoramos cómo sería el de éste, pero en el artículo de la *Revista Comunista*, a que ya nos referimos, Hess escribe estas líneas, cuya parte final aparece en el *Manifiesto* casi textualmente: »Pero de eso no tienen la culpa precisamente los proletarios ni los comunistas alemanes que, como queda dicho y es sabido, están siempre dispuestos a lanzarse a una revolución en la que no tienen nada que perder y todo lo pueden ganar«.

fruta joven. En una alianza admirable ha sabido reunir la austeridad de la doctrina con la nerviosidad de la polémica, el goce áspero del razonamiento con el otro más sutil de la ironía.

El párrafo primero — «Burgueses y proletarios» — es la más concisa, luminosa y certera filosofía de la historia que se haya escrito hasta hoy. Desde la línea del comienzo, imperativa y recia como un axioma: «La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases», hasta aquella otra del final que anuncia a la burguesía sus propios sepulcros, como un redoble sombrío de tambores enlutados, toda la historia del mundo, con sus dolores y sus grandezas, va desfilando delante de nosotros. Pero la realidad histórica ha sido enfocada desde tan arriba, que nada distrae los ojos con detalles pueriles. La historia tradicional, que se detiene en la superficie de las cosas, daba del mundo la impresión de un caos, en que la voluntad de los dioses o la rivalidad de los príncipes lanzaban unas sobre otras a las muchedumbres abigarradas. Sin alterar la realidad en lo más mínimo, el panorama que abarca el *Manifiesto* es bien distinto: en donde hervía el tumulto, vemos ahora insinuarse la ley; y tras del capricho aparente, el puño de hierro de la necesidad. En un esquema vigoroso, en que las proposiciones se suceden con la elegancia y la fuerza de un teorema, el *Manifiesto* demuestra cómo la burguesía creció en el seno de la sociedad feudal y cómo al transformar los medios de transporte y modificar los instrumentos de producción se vio forzada a romper

con la organización feudal que la cohibía. Pero demuestra también que las mismas armas de que se sirvió la burguesía se vuelven ahora contra ella, late en su entraña también la clase que habrá de derribarla y que, liquidando de modo radical la propiedad privada en que aquélla se asienta, impondrá por la violencia las formas más adecuadas de la propiedad colectiva.

Pero en todo ese largo desarrollo no suena en el *Manifiesto* ni una imprecación ni un lamento. La burguesía no triunfó de la nobleza porque así lo exigiera esta moral o aquel principio, sino porque las fuerzas productivas que su iniciativa arrancó de la naturaleza impusieron la necesidad de instaurar un nuevo orden social. No hará otra cosa el proletariado cuando le toque cumplir con su misión.

La objetividad rigurosa y calculada de este párrafo de tan formidable trabazón dialéctica, da a la página primera del *Manifiesto Comunista* el ceremonial imponente de una sentencia a muerte. En un instante, sin embargo, corre por la prosa un temblor de emoción. Pero no es de rencor, sino de elogio. Como un triunfador generoso que presentara armas al enemigo vencido, ensalza a la burguesía por haber demostrado frente a la pereza del noble hasta dónde puede llegar la grandeza del trabajo humano. *Jamás una clase celebró en honor de otra un funeral más solemne.*

Muy distinta es, en cambio, la entonación dominante en el párrafo segundo. Tan distinta que, para muchos,

provoca un cierto asombro. Verdad es que el título, »Proletarios y Comunistas«, guarda cierta simetría con el título anterior y predispone a encontrar en este párrafo un tratamiento parecido. No es así, sin embargo, y ese viraje brusco en el tono y en la prosa respondía justamente a la secreta intención del *Manifiesto*. Cada forma social, antes de morir — había escrito Marx algunos años atrás —, debe pasar por dos muertes sucesivas: la muerte trágica primero, la muerte cómica después. Los dioses griegos, mortalmente heridos por el »Prometeo encadenado« de Esquilo, sólo bajaron a la tumba después de los diálogos burlones de Luciano³³.

Como los dioses griegos, la burguesía pasa por dos muertes en las páginas memorables del *Manifiesto Comunista*: en el párrafo primero, la muerte trágica; en el párrafo segundo, la muerte cómica. Si en aquél, íntegro está el Marx dialéctico, en éste íntegro está el polemista. Analizando una por una las acusaciones más en auge lanzadas contra el movimiento social que él interpreta, salta de un sector a otro del frente enemigo con una agilidad inesperada; rompe aquí un sofisma, invierte ahí un argumento, descoyunta más allá un error. Y pone en cada réplica tan picante dosis de rapé voltaireano que aún parece resonar a lo largo de sus líneas aquella risa triunfal del Marx adolescente, de la cual contaba Bruno Bauer que lo había hecho feliz nada más que escuchándola un instante³⁴.

³³MARX, *Oeuvres philosophiques*, tomo 1, pág. 90.

³⁴MEHRING, pág. 36.

Mas la aparente ligereza del párrafo segundo ha arrasado de tal modo las débiles defensas de la burguesía, que no causa sorpresa escuchar al *Manifiesto*, en ese instante, los diez puntos famosos que el proletariado impondrá a la sociedad el día mismo que tome entre sus manos el Poder. El *Manifiesto* no emplea la expresión »dictadura proletaria«, que Marx usará sólo dos años más tarde; pero las repetidas alusiones a la »destrucción violenta« y a la »violación despótica«, así como el carácter resuelto de las medidas que propone — sin una sola reforma democrática —, subrayan de manera inequívoca la orientación entrañablemente revolucionaria del programa.

El *Manifiesto*, con todo, no termina ahí. Implacable en su ardor combativo, persigue todavía al enemigo sobre el campo doctrinario para batirlo también en sus reductos teóricos. Se acostumbra decir que este párrafo tercero ha perdido desde hace mucho tiempo todo calor de vida³⁵, como si las doctrinas que él pasa en revista no representaran para nosotros más que recuerdos desvaídos. Nada más falso en mi opinión. No hay una sola de las corrientes aludidas en el párrafo tercero, desde el socialismo »clerical«, al socialismo »burgués«, desde el socialismo »verdadero« al socialismo »utópico«, que no tenga actualmente, pertinaces aún, sus herederos más o menos disfrazados. *Bajo las formas declaratorias del pacifismo y de la filantropía, del mutualismo y de la colaboración*

³⁵MAX BEER, por lo común tan lúcido, incurre también en ese error. Véase *Marx, su vida y su obra*, pág. 63.

entre las clases, por ahí andan con sus jeremiadas apuntalando a la burguesía en su desastre.

El socialismo «clerical» de ahora ya no enarbola como antes la alforja del mendigo para atraer al pueblo tras sus pasos; pero en la propaganda insistente del diario y de la cátedra, del púlpito y del libro, sigue afirmando todavía que podrá solucionarse este enorme «malentendido» entre las clases si se aconseja a los ricos un poco más de generosidad, si se predica a los pobres un poco menos de impaciencia.

El socialismo «burgués» de que habla el *Manifiesto*, hechura anticipada del reformismo de hoy, ¿no anda también por ahí, desesperado por frenar a las masas, para conquistar así dentro del orden y el respeto sus migajas de legislación social, sus regateos de postulante insistente?

El socialismo «pequeñoburgués», que tuvo en Sismondi su máxima figura, tan luminoso en la crítica de la sociedad capitalista como tibio y encogido en los remedios, ¿no vuelve todavía sus ojos al pasado buscando en una «tregua de invenciones»³⁶ o en una nueva destrucción de máquinas, la única solución factible en este instante? El Spengler desolado de los días actuales, que acusa a los hombres de su raza por haber divulgado entre seres «in-

³⁶ SISMONDI había insistido largamente sobre las desgracias que traen las invenciones; DUHAMEL, entre muchos otros, ha propuesto también ahora como remedio a la crisis presente una tregua de inventores. Véase *Querelles de Famille*, edición del «Mercure de France», París.

feriores» los secretos de la técnica, ¿no confiesa también el derrumbe de Occidente y lo aguarda resignado, con «indignante melancolía»?³⁷

Y el socialismo «alemán» o socialismo «verdadero», tan distanciado en apariencia de las cosas de hoy que algunos modernos editores no tuvieron escrúpulo alguno en suprimir las líneas que el *Manifiesto* le dedicaba³⁸, ¿no renace también en nuestros días en esa misma Alemania de la postguerra, con su escolástica vergonzante y su religiosidad apenas encubierta? Aquellos Carlos Grün y Moisés Hess que no dejaban pasar casi un instante sin hacer flamear a todo trapo la «enajenación del ser humano» o «la abolición del imperio de lo general abstracto», ¿no son acaso los mismos que hoy andan a tientas en la cerrazón del pensamiento germano, campeones todos de la libertad en abstracto y de los «bienes de la cultura», pero sumisos todos, como Windelband o Gentile, al primer déspota que les eche sobre los hombros la cascaca?³⁹

³⁷ Son las palabras que emplea el *Manifiesto* al terminar la referencia a Sismondi.

³⁸ Todo lo que el *Manifiesto* dice del socialismo verdadero alude a Carlos Grün, pero contiene una irónica referencia a Moisés Hess al mencionar la «filosofía del hecho», título de un artículo publicado por éste en 1843. Véase RIAZANOF, *Notas aclaratorias al Manifiesto Comunista*, pág. 88, de la edición Cenit, varias veces citada.

³⁹ Windelband fue uno de los firmantes del famoso «manifiesto de los 93» profesores alemanes apoyando el imperialismo germánico. En cuanto a Gentile, está de más toda aclaración.

Desde los cimientos hasta la cúspide, el *Manifiesto Comunista* forma, pues, un edificio magnífico en el cual no se advierte hasta hoy una sola grieta que lo amenace. Aunque empujado hacia el porvenir, lleva sí, como no podía dejar de llevar, las huellas de la hora en que nació. La Revolución del 48, que siguió en pocos días a la aparición del *Manifiesto*, no pudo realizar — no podía realizar — la misión trascendental que el *Manifiesto* le asignaba. *Marx cometió entonces, lo cometería muchas veces, el error de la impaciencia.* Humano error que acompaña siempre a la esperanza ardiente, y que da al *Manifiesto Comunista* el estremecimiento de las obras humanas. Aquel cerebro lúcido, aquel observador insobornable, tenía también un corazón generoso, y no podía por eso resignarse a las limitaciones que impone la fugacidad de nuestra vida.

Voltaire conoció también la amargura de esperar, y en una carta fechada veinticinco años antes de la Gran Revolución, le escribía al Marqués de Chauvelin estas líneas dolorosas: »Todo lo que veo arroja las semillas de una revolución que llegará ineludiblemente, y a la cual no tendré la alegría de asistir. Los hombres jóvenes son más felices; verán cosas hermosas«⁴⁰. Ni Marx ni Engels tuvieron tampoco la alegría de asistir. Pero un discípulo genial que sabía el *Manifiesto* de memoria y que había ahondado en el marxismo como nadie lo había hecho an-

⁴⁰Citado por ARTURO LABRIOLA, *Voltaire o la filosofía della liberazione*, pág. 177, editor Alberto Morane, Nápoles, 1926.

tes que él, tuvo la dicha de dejar a medio hacer uno de sus libros más profundos, porque »es más agradable y útil — dijo — vivir la experiencia de una revolución, que escribir acerca de ella«⁴¹.

⁴¹LENIN, *La revolución y el Estado*, p. 227, traducción de Nicolás Alvieff, Editorial »Cervantes«, Valencia, 1920.

PREFACIOS
DE LOS AUTORES

PREFACIO DE LOS AUTORES A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1872

La Liga de los Comunistas, asociación internacional de trabajadores, que en aquellas circunstancias no podía ser, como se comprenderá, sino secreta, encomendó a los suscritos, en el Congreso celebrado en Londres, en noviembre de 1847, la redacción y publicación de un detallado programa teórico y práctico del Partido. Así nació el Manifiesto que sigue y cuyo manuscrito fue enviado para su impresión a Londres, pocas semanas antes de la Revolución de Febrero. Publicado primero en alemán, fue reproducido en este idioma en Alemania, Inglaterra y Norteamérica, en por lo menos doce ediciones diferentes. En inglés apareció primero en 1850, en el *Red Republican* de Londres, traducido por miss Helen Macfarlane, y en Norteamérica en 1871, en tres versiones distintas. La primera traducción francesa se publicó en París poco antes de la Insurrección de junio de 1848, y recientemente en *Le Socialiste* de Nueva York. Una traducción nueva se está preparando. Poco después de la primera edición alemana fue publicado en Londres en idioma polaco. En ruso apareció en Ginebra, en el decenio de 1860. A poco de aparecer se tradujo también al danés.

Por mucho que hayan cambiado las circunstancias en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este Manifiesto conservan todavía, en conjun-

to, plena validez. Habría que corregir algunos detalles. La aplicación práctica de estos principios, según lo declara el propio Manifiesto, dependerá en todas partes y en todo momento de las condiciones históricas existentes, y de ahí que de ningún modo deba atribuirse mayor importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Ese pasaje sería redactado hoy, en más de un aspecto, de muy distinto modo. Frente al inmenso desarrollo experimentado por la gran industria en los últimos veinticinco años, tiempo en cuyo transcurso la clase obrera se había organizado en un partido que progresa al ritmo de la gran industria; frente también, en primer lugar, a las experiencias prácticas de la Revolución de Febrero y, más tarde y con mayor razón, de la Comuna de París, cuando por vez primera el proletariado mantuvo el poder político durante dos meses, este programa resulta hoy parcialmente anticuado. La Comuna, en particular, ha aportado la prueba de que «la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina ya expedita del Estado y ponerla en marcha para sus propios fines»*. Por otra parte, la crítica de la literatura socialista resulta hoy evidentemente incompleta, ya que sólo llega hasta 1847. Del mismo modo, las observaciones acerca de la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (capítulo IV), aunque todavía válidas en lo fundamental, parecen hoy caducas en su exposición por el mero hecho de haber cambiado totalmente la situación

*Véase *La guerra civil en Francia*, Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores.

política y porque el desenvolvimiento histórico ha puesto fin a la mayor parte de los partidos allí enumerados.

Con todo, el Manifiesto es un documento histórico y no nos sentimos autorizados para enmendarlo. Quizá aparezca una edición posterior acompañada de una introducción que salve el intervalo que va desde 1847 hasta la fecha. La presente publicación nos llegó demasiado por sorpresa y no nos dio tiempo para ello.

Londres, 24 de junio de 1872

CARLOS MARX FEDERICO ENGELS

PREFACIO DE ENGELS A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1883

Desgraciadamente, he de firmar solo el prefacio para esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba crece ya el primer césped. Muerto él*, no cabe pensar siquiera en modificar o completar el Manifiesto. Más necesario, a mi juicio, es recordar, explícitamente y una vez más, lo siguiente:

La idea fundamental y sostenida del Manifiesto, de que la producción económica y la estructura social deter-

*En Londres, el 14 de marzo de 1883.

minada por ella forman, en cada período histórico, la base de la historia política e intelectual de esa época; que, por consiguiente (y a partir de la abolición de la primitiva propiedad comunal de la tierra), toda la Historia ha sido la historia de luchas de clases, luchas entre clases explotadas y explotadoras, dominadas y dominantes, en los diversos grados del desarrollo social; que esta lucha, empero, ha alcanzado hoy un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede librarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin librar al mismo tiempo y para siempre a la sociedad entera de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases — esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx*.

Lo he expresado en muchas ocasiones, pero precisamente ahora es menester que figure a la cabeza del Manifiesto.

Londres, 28 de junio de 1883

F. ENGELS

*En el prefacio a la traducción inglesa puse la nota siguiente: »A mi parecer, esta idea significará para la ciencia histórica el mismo progreso que la teoría darwiniana ha significado para la historia natural. Ambos llegamos a esta idea poco a poco, ya varios años antes de 1845. Mi libro sobre *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* muestra hasta dónde había llegado yo mismo en este sentido. Pero cuando me encontré de nuevo con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él la había elaborado por completo y me la expuso en términos tan claros como los del resumen que figura más arriba«.

PREFACIO DE ENGELS A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1890

Escritas las líneas precedentes, se hizo necesaria una nueva edición alemana del Manifiesto. En relación con éste se han producido algunos hechos que interesa recordar aquí.

En 1882 apareció en Ginebra una segunda traducción rusa, hecha por Viera Zasulich. Marx y yo redactamos el prefacio. Desgraciadamente se extravió el manuscrito alemán original y debo retraducirlo del ruso, lo cual no beneficiará nuestro trabajo. He aquí aquel prefacio:

»La primera edición rusa del Manifiesto Comunista, traducida por Bakunin, apareció poco después de 1860, en la imprenta del *Kolokol*. En aquel entonces una edición rusa de esta obra no era, en Occidente, más que una curiosidad literaria. Hoy no ocurre lo mismo. El capítulo final acerca de la 'actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición' basta para demostrar cuán reducido era el terreno en que se propagaba el movimiento proletario. Choca especialmente la falta de alguna mención de Rusia y los Estados Unidos. Entonces, en efecto, Rusia formaba la última poderosa reserva de la reacción europea, en tanto que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso laboral del proletariado europeo. Ambos países eran, a la vez que proveedores de materias primas a Europa, mercados para sus productos industriales. De manera que, en un sentido o en otro,

estos países constituían un apoyo para el orden social europeo.

¡Cómo han cambiado los tiempos! La emigración europea ha facilitado, precisamente, el prodigioso desarrollo de la agricultura norteamericana, cuya competencia ha sacudido en sus cimientos a la grande y a la pequeña propiedad territorial europea. Al mismo tiempo ha colocado a Estados Unidos en condiciones de emprender la explotación de sus inmensos recursos industriales con tal energía y de tal magnitud que no tardará en desaparecer el monopolio industrial de la Europa Occidental. Estos hechos tienen, a su vez, una repercusión revolucionaria en Norteamérica: la pequeña y la mediana propiedad rural de los *farmers* que cultivan la tierra personalmente, base del orden político norteamericano, sucumbe cada vez más ante la competencia de las haciendas gigantescas, y en los distritos industriales fórmase —cosa jamás vista— un nutrido proletariado junto a una fabulosa concentración del capital.

Pasemos a Rusia. Al producirse la Revolución de 1848-1849, los burgueses, al igual que los monarcas de Europa, vieron en la intervención rusa el medio de salvarse de un proletariado que comenzaba a cobrar conciencia de su fuerza. Estuvieron de acuerdo en poner al zar a la cabeza de la reacción europea. Ahora está en Gatchina, prisionero de la Revolución; y Rusia forma la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

La tarea del Manifiesto Comunista era anunciar el inevitable e inminente ocaso de la propiedad burguesa.

Pero en Rusia, al lado del capitalismo en febril desarrollo y de la propiedad rural burguesa apenas constituida, nos encontramos con un comunismo rural que se extiende por más de la mitad del territorio.

Ahora bien: esta comunidad campesina rusa, el *mir*, en el que volvemos a encontrar, si bien en una forma muy degenerada, la primitiva comunidad del agro, ¿permite pasar directamente a una forma comunista superior de la propiedad rural? ¿O bien tendrá que sufrir antes el mismo proceso de disolución que aparece en el desenvolvimiento histórico del Occidente? He aquí la cuestión. La única respuesta que puede dársele hoy es ésta:

Si llega a ocurrir que la revolución rusa dé la señal para una revolución obrera en Occidente, de modo que las dos se complementen, el comunismo rural de la Rusia de hoy, el actual *mir* ruso, podrá servir de punto de partida para una revolución comunista“.

Londres, 21 de enero de 1882

Por aquel entonces apareció en Ginebra una traducción polaca con el título de *Manifest Komunistyczny*.

Una nueva traducción danesa se publicó en la *Socialdemokratisk Bibliothek* de Copenhague, en 1885. Desgraciadamente está incompleta. Fueron omitidos algunos pasajes esenciales que parecen haber causado dificultades al traductor. Aquí y allá se notan negligencias cuyo efecto es tanto más deplorable cuanto que el trabajo es, sin duda, de un hombre que con algo más de cuidado habría podido ofrecer una traducción excelente.

En 1882 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste* de París. Es la mejor de cuantas se habían publicado hasta la fecha*.

Después de ésta, pero en el mismo año, se imprimió una traducción española, primero en *El Socialista* de Madrid y más tarde en folleto bajo el título de *Manifiesto del Partido Comunista, por Carlos Marx y F. Engels, Madrid, Administración de «El Socialista», Hernán Cortés, 8.*

Añadiré, á título de curiosidad, que en 1887 le fue ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia. El buen hombre no tuvo el valor de imprimir un escrito firmado por Marx. Estimó preferible que el propio traductor apareciese como autor del opúsculo. El traductor declinó la proposición.

En diversas oportunidades, varias traducciones norteamericanas, más o menos inexactas, fueron reimpresas en Inglaterra. Una traducción auténtica apareció finalmente en 1888. Es de mi amigo Samuel Moore. Lleva por título: *Manifesto of the Communist Party, by Karl Marx and Frederick Engels. Authorized English Translation, edited and annotated by Frederick Engels, 1888. London, William Reeves, 185, Fleetstreet, E. C.*

En la presente edición he reproducido muchas de las notas añadidas a esa edición inglesa.

El Manifiesto ha tenido vida propia. Recibido con entusiasmo, en el momento de su aparición, por la van-

*Trátase de la versión de Laura Lafargue, revisada por Engels (Nota del traductor).

guardia, entonces todavía poco numerosa, del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio), fue pronto relegado a segundo término por la reacción subsiguiente a la derrota de los obreros parisienses en junio de 1848, y finalmente proscrito »por la justicia« a raíz de la condena de los comunistas de Colonia en noviembre de 1852. Al desaparecer de la escena pública el movimiento obrero iniciado con la Revolución de Febrero, también el Manifiesto pasó a segundo término.

Cuando la clase obrera volvió a fortalecerse lo bastante para una nueva arremetida contra el poderío de las clases dominantes, se formó la Asociación Internacional de Trabajadores, que tenía por objeto reunir a todos los obreros combativos de Europa y América en un gran cuerpo de Ejército. Necesitaba un programa que dejase abierta la puerta a las *trade-unions* inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassallianos alemanes*. Este programa — las consideraciones a los estatutos de la Internacional — fue redactado por Marx con una maestría reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el Manifiesto, Marx confiaba única y exclusivamente en el desarrollo intelectual de la clase

*El propio Lassalle nunca ha dejado de declararse discípulo de Marx en el curso de las relaciones con nosotros y se sobrentiende que se colocaba sobre el terreno del Manifiesto. No así aquellos de sus partidarios que no pasaron más allá de su programa de cooperativas comanditadas por el Estado, y que dividen a la clase obrera en dos bandos: los que demandan la ayuda del Estado y los partidarios de la *self-help*.

obrero que debía producirse tanto por la comunidad de acción como por la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, y las derrotas, más aún que los éxitos, demostrarían a los combatientes la insuficiencia de las panaceas hasta entonces empleadas y los tornarían más accesibles a una exacta comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, fecha en que fue disuelta la Internacional, era muy diferente de la de 1864, año de su fundación. Estaban extinguiéndose el proudhonismo en los países latinos y el lassallismo propiamente dicho en Alemania, y hasta las *trade-unions* inglesas, entonces ultraconservadoras, derivaban poco a poco hacia el momento en que el presidente de su congreso en Swansea pudiera decir, en nombre de ellas: »El socialismo continental ha dejado de ser un espantajo para nosotros«. Pero del socialismo continental apenas quedaba otra cosa, en 1887, que la teoría enunciada en el Manifiesto. De este modo la historia del Manifiesto refleja hasta cierto grado la historia del movimiento obrero a partir de 1848. Actualmente es, sin lugar a dudas, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció, no habríamos podido titularlo *Manifiesto Socialista*. En 1847 se comprendía, bajo el nombre de socialistas, a dos clases de gente. Por un lado a los partidarios de los diversos sistemas utópi-

cos, en particular a los owenistas en Inglaterra y a los fourieristas en Francia, ya entonces reducidos a simples sectas moribundas. Por el otro, a los curanderos sociales más heterogéneos, que con variadas panaceas y remiendos de toda índole pretendían suprimir los abusos sociales sin tocar en lo más mínimo al capital ni al beneficio. En ambos casos se trataba de gente colocada al margen del movimiento obrero y que buscaba, más que otra cosa, el apoyo de las clases »cultas«. En cambio, aquel sector obrero que, convencido de la insuficiencia de las simples subversiones políticas, exigía una transformación fundamental de la sociedad, se llamaba entonces *comunista*. Era un comunismo en bruto, grosero a veces, pero lo bastante pujante para engendrar dos sistemas de comunismo utópico: en Francia »el icariano« de Cabet y en Alemania el de Weitling. Socialismo significaba, en 1847, un movimiento burgués; comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era aceptable en la buena sociedad, al menos en el continente; el comunismo, no. Y, como ya entonces ambos opinábamos muy decididamente que la »emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos«, no vacilamos un instante en cuanto a cuál de las dos denominaciones íbamos a escoger. Y jamás, desde entonces, se nos ha ocurrido desestimarla.

»¡Proletarios de todos los países, uníos!« Sólo escasas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras al mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense en la cual el proletariado se presentó con reivindicaciones propias. Pero el

28 de septiembre de 1864 los proletarios de la mayor parte de los países de la Europa occidental se congregaron en la Asociación Internacional de Trabajadores, de gloriosa memoria. Es cierto que la propia Internacional sólo vivió nueve años. Pero la unión perenne que estableció entre los proletarios de todos los países existe todavía, más vigorosa que nunca, y para ello ninguna prueba mejor que la jornada de hoy. Porque hoy, mientras escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas movilizadas por vez primera, y movilizadas como un ejército, bajo una bandera y para un fin inmediato: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada en 1866 por el Congreso de la Internacional en Ginebra y nuevamente, en 1889, por el Congreso de Trabajadores celebrado en París. El espectáculo del día de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes que los proletarios de todos los países están realmente unidos.

¡Ojalá estuviera Marx a mi lado para verlo con sus propios ojos!

Londres, 1° de mayo de 1890

MANIFIESTO COMUNISTA

F. ENGELS

Un fantasma ronda por Europa: el fantasma del Comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han confabulado en santa cacería contra este fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes germanos.

¿Dónde está el partido de oposición que no haya sido denigrado como comunista por sus adversarios gobernantes, dónde el partido de oposición que a su vez no haya fulminado, tanto a sus opositores más avanzados como a sus enemigos reaccionarios, con el cargo infamante de comunismo?

De ahí se desprenden dos lecciones:

A estas alturas todas las potencias europeas reconocen el comunismo como un poder.

Ya es hora de que los comunistas den a conocer al mundo, abiertamente, su modo de pensar, sus fines y sus tendencias; de que opongan a la fábula del

fantasma comunista un manifiesto del Partido.

Con este fin, los comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente Manifiesto que se publicará en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

La historia de toda sociedad, hasta el presente*, es la historia de la lucha de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos, han estado enfrentándose unos a otros en constante antagonismo, mante-

*Propiamente hablando, la historia *escrita*. La prehistoria de la sociedad, la organización social anterior a toda la historia escrita, era poco menos que desconocida en 1847. Desde entonces Haxthausen ha descubierto la propiedad colectiva de la tierra en Rusia. Maurer ha demostrado que esa era la base social en la formación histórica de todas las tribus germanas, y poco a poco se ha ido descubriendo que las comunidades rurales de propiedad colectiva de la tierra han sido la forma primitiva de la sociedad desde la India hasta Irlanda. Por último, la organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha quedado explicada en su forma típica con el descubrimiento concluyente de Morgan, quien reveló la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la tribu. Con la disolución de esas comunidades primitivas comienza la división de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas (*Nota de F. Engels*).

niendo una pugna ininterrumpida, ora disimulada, ora abierta, pugna que siempre ha terminado en una transformación revolucionaria de la sociedad entera o en la ruina mutua de las clases combatientes.

En las épocas pasadas de la Historia encontramos dondequiera una cabal estructuración de la sociedad en clases diversas, una gradación múltiple de las posiciones sociales. En la Roma antigua hallamos patricios, équites, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos; y, por añadidura, más gradaciones específicas dentro de cada clase.

La moderna sociedad burguesa, surgida del ocaso de la sociedad feudal, no ha suprimido los antagonismos de clase. Tan sólo estableció, en lugar de las antiguas, nuevas clases, nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha.

No obstante, nuestra época, la época de la burguesía, se distingue por haber simplificado los antagonismos de clases. Toda la sociedad se divide cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos medievales surgieron los vecinos de las primeras ciudades; de ese villanaje formáronse los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación del Africa abrieron a la burguesía un campo nuevo. Los mercados de la India y la China, la colonización de América, el trueque con las colonias, la multiplicidad de los medios de cambio y de las mercancías en general, permitieron al comercio, a la navegación y a la industria un incremento nunca visto, favoreciendo, a la vez, un rápido desarrollo del elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal en descomposición.

La producción feudal o gremial de la industria era ya insuficiente para satisfacer la creciente demanda de los nuevos mercados. Fue substituida por la manufactura. Los maestros gremiales fueron desalojados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el taller mismo.

Mas los mercados continuaban creciendo y aumentaba la demanda. La manufactura tampoco bastaba ya. El vapor y la maquinaria

revolucionaron entonces la producción industrial. El lugar de la manufactura fue ocupado por la gran industria moderna; la clase media industrial fue suplantada por los millonarios industriales, jefes de ejércitos enteros de trabajadores: los burgueses modernos.

La gran industria estableció el mercado mundial preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial facilitó un desarrollo inmenso del comercio, de la navegación y de las comunicaciones terrestres. Este desarrollo, a su vez, repercutió sobre la expansión de la industria y, en la misma medida en que se estaban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, estaba desarrollándose la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término todas las clases legadas por la Edad Media.

Así vemos que la propia burguesía moderna es producto de un largo desarrollo, de una serie de alteraciones en los medios de producción y de comunicación.

Cada fase del desenvolvimiento de la burguesía ha ido acompañada de un correspondiente progreso político. Clase oprimida bajo los señores feudales; asociación armada y con adminis-

tración propia en la comuna*; acá, república urbana independiente; allá, tercer estado, tributario de la monarquía; más tarde, en el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías constitucionales o absolutas; base de las grandes monarquías en general, la burguesía — una vez establecidos la gran industria y el mercado mundial — recaba para sí finalmente el poder político exclusivo en el Estado moderno. El poder en el Estado moderno es tan sólo un consejo de administración de los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado un papel eminentemente revolucionario en la Historia.

Dondequiera que ha llegado al poder, ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Ha roto sin piedad todos los abigarrados lazos del feudalismo que ligaban al hombre a su superior natural, sin dejar subsistir entre hombre y hombre más vínculo que el desembozado interés, el inflexible »pago al contado«. Ha ahogado los sacros tremores del

*Los habitantes de las ciudades de Italia y de Francia denominaban así su sistema municipal, una vez adquiridos o arrebatados a sus señores feudales los primeros derechos a la administración autónoma (*Nota de F. Engels*).

éxtasis piadoso, de la exaltación caballeresca, del sentimentalismo pequeñoburgués, en el agua helada del cálculo egoísta. Ha reducido la dignidad personal a un valor de cambio y, en vez de los incontables fueros y libertades caramente adquiridos, introdujo la única libertad de comercio sin escrúpulos. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido la explotación abierta, desvergonzada, directa y sin remilgos.

La burguesía ha despojado de su nimbo a todas las actividades hasta entonces venerables y consideradas con respetuosa devoción. Ha convertido al médico, al jurisconsulto, al fraile al poeta y al hombre de ciencia, en jornaleros suyos.

La burguesía ha arrancado el velo conmovedoramente sentimental a las relaciones de familia reduciéndolas a meras relaciones de dinero.

La burguesía vino a revelar cómo el alarde de la fuerza bruta, que la reacción tanto admira en la Edad Media, encuentra su complemento adecuado en la poltronería más indolente. Ha sido la primera en demostrar lo que la actividad humana es capaz de llevar a cabo. Ha producido

maravillas muy diferentes de las pirámides egipcias, los acueductos romanos y las catedrales góticas y ha realizado movimientos muy distintos de las migraciones de los pueblos y las Cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea todas las relaciones sociales. Por el contrario, el mantenimiento invariable del antiguo modo de producir era la primera condición de existencia de todas las clases industriales del pasado. Los continuos cambios en la producción, el incesante sacudimiento de todas las relaciones sociales, la eterna incertidumbre y agitación, destacan a la época burguesa entre todas las anteriores. Quedan rotas todas las relaciones fijas y arraigadas, con su secuela de creencias e ideas venerables, mientras las recién establecidas caducan antes de osificarse. Todo lo representativo y permanente se evapora, todo lo sacro es profanado, y el hombre se ve obligado al fin a contemplar sin ilusiones su posición en la vida y sus relaciones recíprocas.

La necesidad de mercados cada vez más extensos para la colocación de sus productos

impulsa a la burguesía a recorrer el globo entero. Tiene que penetrar en todas partes, instalarse en todos los lugares, establecer comunicaciones dondequiera.

Al explotar el mercado mundial, la burguesía ha conferido un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, desarraigó a la industria del suelo nacional. Las antiquísimas industrias nacionales han quedado destruidas y continúan siéndolo día a día. Son desplazadas por industrias nuevas cuya introducción es vital para todas las naciones civilizadas, industrias que elaboran no ya las materias primas aborígenes sino las provenientes de las zonas más alejadas y cuyos artículos son consumidos no sólo en el país sino en todas las partes del mundo. En vez de las antiguas necesidades, satisfechas por la producción del país, surgen necesidades nuevas que reclaman para su satisfacción productos de las regiones y climas más remotos. En lugar del antiguo aislamiento y de la autarcía local y nacional, se introduce un tráfico ilimitado y la interdependencia de las naciones. Y lo mismo que en la producción material ocurre en la del espíritu. La producción intelectual de las

naciones por separado se convierte en bien común. El particularismo y la estrechez nacionales resultan más y más imposibles, y de las muchas literaturas nacionales y locales se va formando una literatura universal.

Con el rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y con las comunicaciones infinitamente más fáciles, la burguesía atrae a la civilización hasta las naciones más bárbaras. La baratura de sus mercancías es su artillería gruesa y con ella derriba todas las murallas chinas y obliga a capitular a la xenofobia bárbara más recalcitrante. Fuerza a todas las naciones a adoptar, so pena de sucumbir, los métodos de producción burgueses y las obliga a aceptar la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado ciudades enormes; ha aumentado grandemente la población urbana a expensas de la rural, sustrayendo así una parte considerable de la población a la estolidez de la vida aldeana. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha hecho que los pueblos bárbaros o semibárbaros dependan

de los civilizados, los pueblos campesinos de los burgueses, el Oriente del Occidente.

La burguesía suprime más y más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, ha centralizado los medios de producción y ha concentrado la propiedad en pocas manos. Consecuencia forzosa de ello fue la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas entre sí, con intereses, leyes, gobiernos y aranceles distintos, han sido comprimidas en Una Nación, Un Gobierno, Una Ley, Un Interés nacional de clase y Una Aduana.

En su predominio como clase, apenas centenario, la burguesía ha creado fuerzas productivas más gigantescas y de mayor envergadura que las creadas por todas las generaciones anteriores juntas. Subyugación de las fuerzas de la naturaleza; maquinaria; aplicación de la química a la industria y a la agricultura; navegación a vapor; ferrocarriles; telégrafos eléctricos; roturación de continentes enteros; regulación de los ríos; poblaciones enteras como surgidas de la tierra: ningún siglo anterior presentía

que semejantes fuerzas productivas estuviesen latentes en el seno del trabajo social.

Pero hemos visto que los medios de producción y de comercio sobre cuya base se había formado la burguesía, se originaron dentro de la sociedad feudal. En una fase determinada del desarrollo de esos medios de producción y comercio, las condiciones de producción y de trueque de la sociedad feudal, la organización feudal de la labranza y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Entorpecían la producción en vez de fomentarla. Era preciso romperlas y fueron rotas.

En su lugar apareció la libre competencia, con la correspondiente constitución social y política y con el dominio económico y político de la clase burguesa.

A nuestra vista se está produciendo un movimiento similar. Las condiciones burguesas de producción y de comercio, las relaciones burguesas de propiedad, la moderna sociedad burguesa que supo crear medios de producción y de cambio tan prodigiosos, semejan al brujo ya incapaz de dominar las fuerzas ocultas que conjurara.

Desde hace decenios, la historia de la industria y el comercio no es otra cosa que la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas contra las modernas condiciones de producción, contra las relaciones de propiedad, vitales ambas para la burguesía y su dominio. Basta citar las crisis económicas cuya periodicidad siempre amenazante pone en tela de juicio la existencia de la sociedad burguesa entera. Durante las crisis comerciales queda regularmente destruida una gran parte no sólo de los productos fabricados sino también de las fuerzas productivas ya creadas. Con las crisis estalla una epidemia social que en cualquier época anterior habría parecido un contrasentido — la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra súbitamente relegada a un estado de barbarie momentánea; una plaga de hambre, una guerra de exterminio universal parecen haber cortado todos los abastecimientos; la industria y el comercio parecen aniquilados. ¿Por qué? Porque la sociedad disfruta de demasiada civilización, demasiados alimentos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas a su disposición no sirven ya para fomentar la civilización burguesa y las relacio-

nes burguesas de propiedad; al contrario, llegaron a ser demasiado poderosas para estas relaciones que ahora les estorban. De ahí que apenas logran salvar este obstáculo, ponen en desorden a la sociedad burguesa entera y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. El sistema burgués se hizo demasiado estrecho para contener la riqueza que ha creado. ¿Con qué medios se sobrepone la burguesía a las crisis? Por un lado, con la destrucción forzosa de una masa de las fuerzas productivas; por otro, con la conquista de nuevos mercados y con una explotación más intensiva de los antiguos. ¿Con qué medios, pues? Con la preparación de crisis más generales y más formidables y con la reducción de los medios para prevenirlas.

Las armas de que se valió la burguesía para dar en tierra con el feudalismo, se vuelven ahora contra la misma burguesía.

Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que acarrearán su muerte. Ha engendrado también los hombres que han de manejar esas armas: los trabajadores modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla

la burguesía, o sea, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los trabajadores modernos, que subsiste únicamente mientras encuentra trabajo y que sólo encuentra trabajo cuando éste incrementa el capital. Estos trabajadores, obligados a venderse al menudeo, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y están igualmente expuestos a todas las vicisitudes de la competencia y a todas las fluctuaciones del mercado.

Con el progreso de la maquinaria y la división del trabajo, la labor del proletario ha perdido todo carácter independiente y, por ende, todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un mero accesorio de la máquina, al que sólo se exige la manipulación más sencilla, más monótona y más fácil de aprender. Los desembolsos que ocasiona un trabajador se reducen, por lo tanto, casi exclusivamente a los alimentos indispensables para su manutención y para la propagación de su especie. Pero el precio de una mercancía y, consecuentemente, también el del trabajo, es igual a su costo de producción. Así, cuanto más aborrecible se hace el trabajo, más exiguuo resulta el salario. Es más: en la misma medida en que aumenta la maquinaria

y la división del trabajo, aumenta también la masa del trabajo, ya con la prolongación de la jornada, ya con un mayor rendimiento exigido en un tiempo dado, ya con la aceleración de la marcha de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de trabajadores, hacinados en la fábrica, son organizadas militarmente. Como soldados rasos de la industria quedan sometidos a la vigilancia de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. Además de ser siervos de la clase burguesa y del Estado burgués, son esclavizados día a día y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio y particular fabricante burgués. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto más abiertamente proclama el lucro como su único objetivo.

Cuanta menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto más se desarrolla la industria moderna, tantos más puestos masculinos son ocupados por mujeres y niños. Las diferencias de sexo y de edad dejaron de tener significación social para la clase trabaja-

dora. Ya no hay más que instrumentos de trabajo cuyo costo varía según la edad y el sexo.

Concluida la explotación del obrero por el fabricante al recibir aquél su salario en metálico, se arrojan sobre él los demás componentes de la burguesía: el dueño de la vivienda, el tendero, el prestamista, etc.

La pequeña clase media, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, todos ellos son absorbidos en el proletariado, en parte porque su pequeño capital es insuficiente para explotar una gran industria y sucumbe en la competencia con los capitalistas de más recursos y en parte también porque su destreza queda depreciada por los nuevos métodos de producción. Así, el proletariado se recluta en todas las clases de la población.

El proletariado pasa, en su evolución, por diversas etapas. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

Al principio son los trabajadores aislados, después los obreros de una fábrica y más tarde los del mismo ramo y localidad quienes luchan contra el burgués particular que los explota directamente. Dirigen sus ataques no sólo con-

tra las condiciones burguesas de producción sino también contra los propios instrumentos de esa producción; destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, hacen pedazos la maquinaria, prenden fuego a las fábricas, se afanan por reconquistar la posición perdida del trabajador medieval.

Durante esta etapa los trabajadores forman una masa diseminada por todo el país y dividida por la competencia. La cohesión compacta de los obreros no es todavía el resultado de su propia unidad; es el efecto de la unidad de la burguesía, que, para lograr sus objetivos políticos, debe y puede aún poner en movimiento al proletariado entero. Así, pues, en esta etapa no combaten a sus enemigos sino a los enemigos de sus enemigos, los residuos de la monarquía absoluta, los terratenientes, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses, con lo que todo el movimiento histórico se concentra en las manos de la burguesía. Toda victoria así obtenida es una victoria burguesa.

Pero el desarrollo de la industria no sólo hace crecer al proletariado; lo concentra en masas y aumenta su fuerza, a la vez que ésta se vuelve más consciente. Los intereses, las condiciones

de vida del proletariado, se igualan cada vez más a medida que la maquinaria va borrando más y más las diferencias en el trabajo y reduce el salario en casi todas partes a un nivel igualmente inferior. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis económicas que de ella resultan hacen fluctuar los salarios cada vez más. El incesante perfeccionamiento de la maquinaria, cada vez más rápido, coloca al trabajador en una situación cada vez más precaria. Los choques aislados entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de conflicto entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses; se unen para defender sus salarios. Llegan incluso a formar asociaciones permanentes para el aprovisionamiento en caso de rebeliones ocasionales. Acá y acullá el conflicto estalla en motines.

De vez en cuando los obreros triunfan, pero sólo fugazmente. El resultado real de sus luchas no es el éxito inmediato sino la creciente unidad de los trabajadores. Esta unidad es fomentada por el desarrollo de los medios de comunicación que, producidos por la gran industria, ponen en contacto a los obreros de distintas localidades. Este contacto precisamente es necesario para

centralizar los muchos conflictos locales de idéntico carácter en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es lucha política. Y la unión que los burgueses de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en conseguir, la logran en pocos años los proletarios modernos gracias al ferrocarril.

Esta organización de los proletarios en clase y, por ende, en partido político, es desbaratada a cada instante por la competencia entre los obreros mismos, pero se rehace siempre de nuevo, más fuerte, más firme y más poderosa. Al aprovechar las disensiones internas de la burguesía, la obliga a reconocer, en forma de leyes, ciertos intereses de los trabajadores: así el *bill* de las diez horas en Inglaterra.

Las colisiones de la vieja sociedad fomentan en general y de diversos modos la evolución del proletariado. La burguesía vive en un estado de guerra permanente: primero, contra la aristocracia; más tarde, contra las fracciones de la burguesía cuyos intereses se oponen al progreso de la industria; siempre, contra la burguesía de otros países. En todas estas luchas, la burguesía se ve impelida a apelar al proletariado, a recu-

rrir a su ayuda, arrastrándolo al movimiento político. De suerte que ella misma proporciona al proletariado sus propios elementos de formación, es decir, las armas contra sí misma.

Además, como acabamos de ver, partes considerables de la clase dominante son arrojadas, por el progreso de la industria, a las filas del proletariado, o al menos amenazadas en sus condiciones de vida. También ellas aportan al proletariado abundantes elementos de formación.

Finalmente, cuando la lucha de clases se acerca a su momento decisivo, el proceso de disolución que obra en el seno de la clase dominante y de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo, que una pequeña fracción de la clase dominante reniega de ella y se une a la clase revolucionaria, clase esta que tiene el porvenir en sus manos. Y del mismo modo que en otro tiempo una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, así se pasa ahora al proletariado una parte de la burguesía, aquella parte de los ideólogos burgueses que llegan a la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.

De todas las clases que actualmente se en-

frentan a la burguesía, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria. Las demás clases degeneran y fenecen con la gran industria; el proletariado es su producto más genuino.

Las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para salvar de la ruina su existencia como clase media. De manera que no son revolucionarias, sino conservadoras. Es más: son reaccionarias en cuanto que pretenden que la Historia retroceda. Cuando son revolucionarias, lo son en vista de su inminente caída en el proletariado; defienden así sus intereses futuros y no los actuales; abandonan su propio punto de vista para asumir el del proletariado.

La canalla proletaria, esa podre pasiva de los más bajos fondos de la vieja sociedad, se ve ocasionalmente arrastrada al movimiento por una revolución obrera. A juzgar por todas las circunstancias de su existencia, será más propensa a venderse a las maquinaciones reaccionarias.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya deshechas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario no tiene bienes;

sus relaciones con la mujer y los hijos no tienen nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno avasallamiento por el capital, lo mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, lo han despojado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral y la religión son para él otros tantos prejuicios, tras de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado conquistaron el poder, trataron de consolidar la posición lograda sometiendo la sociedad entera a las condiciones de su conquista. Los proletarios pueden adueñarse de las fuerzas productivas de la sociedad tan sólo aboliendo su modo de apropiación particular y, con ello, todo modo de apropiación practicado hasta la fecha. Los proletarios no tienen nada suyo que salvaguardar; tienen que destruir todas las garantías privadas, todas las seguridades privadas existentes.

Todos los movimientos habidos hasta ahora fueron movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletaria-

do, el estrato más bajo de la sociedad actual, no puede alzarse ni erguirse sin hacer saltar toda la superestructura de los estratos que forman la sociedad oficial.

De primera intención, la lucha del proletariado contra la burguesía es, por su forma aunque no por su contenido, una lucha nacional. El proletariado de cada país debe, naturalmente, acabar primero con su propia burguesía.

Al trazar las bases generales de la evolución del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos latente en el seno de la sociedad actual, hasta el punto en que dicha guerra estalla en una revolución abierta en la que el proletariado, una vez derrocada violentamente la burguesía, establece su poder.

Como hemos visto, hasta nuestros días toda sociedad se fundaba en el antagonismo entre las clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, han de garantizársele las condiciones dentro de las cuales pueda al menos mantenerse viva en la esclavitud. El siervo pudo ascender a miembro de la comuna dentro del régimen de servidumbre, igual que el plebeyo llegó a ser burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, al contrario, en vez

de beneficiarse con el progreso industrial, se hunde más y más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y el pauperismo aumenta aún más a prisa que la población y la riqueza. Salta a la vista, pues, que la burguesía es incapaz de permanecer por más tiempo como clase dominante de la sociedad y de imponer a la sociedad, como norma legal, las condiciones de vida de su clase. Es incapaz de gobernar porque es incapaz de asegurar la existencia de su esclavo ni siquiera dentro de la esclavitud, porque se ve forzada a dejarlo hundirse hasta el punto de alimentarlo en vez de hacerse alimentar por él. La sociedad no puede seguir viviendo bajo su dominación; de ahí que la existencia de la burguesía sea incompatible con la de la sociedad misma.

La condición esencial para la existencia y el dominio de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos particulares, la formación y multiplicación del capital. La condición para la existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado depende exclusivamente de la competencia de los obreros entre sí. El progreso industrial del que la burguesía es exponente involuntario y pasivo, sustituye

el aislamiento de los trabajadores resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria le socava a la burguesía la misma base de su sistema de producción y de apropiación de los productos. Produce, antes que nada, sus propios sepultureros. Su derrumbe y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la relación entre los comunistas y los proletarios en general?

Los comunistas no son, frente a otros partidos proletarios, un partido extraño.

No tienen intereses separados de los del conjunto del proletariado.

No proclaman principios extraños sobre los cuales pretendan modelar el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen de los demás partidos proletarios, por una parte, en que ponen de relieve y hacen valer, en las diversas luchas de los proletarios, los intereses comunes del proletariado entero, independientemente de la nacionalidad; y, por otra, en que defienden siempre los intereses del movimiento en su conjunto en las diversas etapas del desarrollo de la lucha entre el proletariado y la burguesía.

De manera que los comunistas son, en el aspecto práctico, la fracción más resuelta y más pujante de los partidos obreros de todos los países; en el teórico tienen, respecto al resto del proletariado, la visión cabal de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

Los fines inmediatos de los comunistas son los mismos que los de todos los partidos proletarios: formación del proletariado como clase, derrocamiento del dominio burgués, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se fundan en modo alguno sobre ideas o principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

Son tan sólo la expresión general de las condiciones efectivas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se desarrolla a nuestra vista. La abolición de las relaciones de propiedad subsistentes no es ninguna característica distintiva del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sujetas a cambios históricos constantes, a transformaciones históricas continuas.

La Revolución Francesa, por ejemplo, abo-

lió la propiedad feudal en favor de la propiedad burguesa.

Lo que distingue al comunismo no es la abolición de la propiedad en general sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la moderna propiedad privada burguesa es la última y la más acabada expresión del modo de producir y apropiarse los productos, basado en los antagonismos de clase y en la explotación de unos por otros.

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en una sola frase: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas que queremos abolir la propiedad adquirida con trabajo personal, la propiedad que es la base de toda libertad, actividad e independencia individuales.

¡Propiedad merecida, ganada con esfuerzo personal! ¿Se trata de la propiedad del pequeño burgués o del pequeño labriego, que precedieron a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla; el progreso industrial la ha abolido ya, la está aboliendo a diario.

¿O se trata de la propiedad privada moderna, burguesa?

El trabajo asalariado, el trabajo del proletario, ¿crea propiedad a éste? De ningún modo. Crea el capital, es decir, la propiedad que explota el trabajo asalariado, que sólo puede medrar a condición de producir más trabajo asalariado para explotarlo de nuevo. La propiedad en su forma actual se mueve en el plano del antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Veamos los dos extremos de este antagonismo. Ser capitalista no significa una categoría meramente personal en la producción, sino una posición social.

El capital es un producto colectivo que sólo puede ser puesto en movimiento por la actividad mancomunada de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, aun de todos sus miembros.

De suerte que el capital no es un poder personal: es un poder social.

Por consiguiente, cuando el capital es convertido en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, ello no significa que la propiedad personal se convierta en propiedad social. Sólo el carácter social de la propiedad se transforma: pierde su carácter clasi-

Pasemos al trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el salario mínimo, es decir, la suma de los medios de subsistencia necesarios para mantener vivo al obrero como tal. De modo que lo que el obrero asalariado adquiere mediante su actividad, sólo alcanza para reproducir su escueta existencia. De ninguna manera queremos suprimir esta adquisición personal de los productos del trabajo, inherente a la reproducción de la vida inmediata, adquisición que no deja ningún beneficio neto que pudiera conferir poder sobre el trabajo ajeno. Sólo queremos abolir el carácter miserable de esta adquisición, en que el obrero vive tan sólo para incrementar el capital y únicamente en tanto que lo requiere el interés de la clase dominante.

En la sociedad burguesa el trabajo humano es sólo un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado es sólo un medio de ampliar, enriquecer y estimular la existencia de los trabajadores.

Así, en la sociedad burguesa el pasado domina al presente; en la comunista, el presente domina al pasado. En la sociedad burguesa el

capital es independiente y personal, mientras el individuo activo está sometido y su personalidad anulada.

¡Es la abolición de tal estado de cosas lo que la burguesía llama abolición de la personalidad y de la libertad! No le falta razón. Se trata ciertamente de la abolición de la personalidad, de la independencia y de la libertad burguesas.

Dentro de las actuales condiciones de producción burguesas se entiende la libertad como comercio libre, como compra y venta libres.

Mas, cuando se acaba el chalaneo, también se acaba la libertad de chalaneo. Las peroratas sobre el libre chalaneo, igual que todas las demás baladronadas liberales de nuestros burgueses, sólo tienen sentido por contraste con el chalaneo restringido, con el burgués avasallado de la Edad Media, pero no frente a la abolición comunista del chalaneo, de las condiciones de producción burguesas y de la burguesía misma.

Os horroriza que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para nueve de cada diez de sus miembros; existe precisamente por el hecho de no existir para esos nueve. De modo que nos reprocháis querer abolir una

propiedad que presupone, como condición esencial, la carencia de propiedad para la inmensa mayoría de la población.

En suma, nos reprocháis que queramos abolir vuestra propiedad. Ciertamente que lo queremos.

Desde el instante en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta territorial, en una palabra, en poder social monopolizable, es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede trocarse en propiedad burguesa, desde ese mismo instante declaráis que el hombre como individuo queda suprimido.

Confesáis, por lo tanto, que al hablar del individuo no os referís sino al burgués, al propietario burgués. Y este individuo, por cierto, debe ser suprimido.

El comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse los productos sociales; sólo suprime el poder de sojuzgar el trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y que cundiría una pereza general.

De ser así, tiempo ha que la burguesía ha-

bría caído en la indolencia; porque en su sistema los que trabajan no ganan y los que ganan no trabajan. Todo el reparo viene a caer en la tautología de que al no haber capital, no hay trabajo asalariado.

Todas las objeciones dirigidas en contra del sistema comunista de apropiación y de producción fueron extendidas asimismo a la apropiación y a la producción de los bienes espirituales. Así como para el burgués la desaparición de la propiedad clasista equivale a la desaparición de la producción misma, del mismo modo la desaparición de la cultura clasista se identifica para él con la desaparición de la cultura en general.

La cultura cuya pérdida deplora significa para la inmensa mayoría tan sólo su conversión en máquinas.

Pero dejaos de discutir con nosotros mientras interpretáis la abolición de la propiedad burguesa según vuestros conceptos burgueses de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son el producto de las condiciones de producción y de propiedad burguesas, así como vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; una voluntad cu-

yo contenido está determinado por las condiciones de vida de vuestra clase.

La concepción interesada que os hace presentar vuestras condiciones de producción y de propiedad — dimanadas, en el curso de la producción, de circunstancias históricas transitorias — como leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón, la compartís con todas las clases dominantes ya sucumbidas. Lo que vosotros pensáis respecto de la propiedad antigua o de la propiedad feudal no debéis pensarlo más respecto de la propiedad burguesa.

¡Abolición de la familia! Hasta los más radicales se indignan frente a este infame designio de los comunistas.

¿En qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro particular. En su forma acabada no existe más que para la burguesía y encuentra su complemento en la forzosa carencia de familia para los proletarios y en la prostitución pública.

La familia del burgués se acaba, naturalmente, al acabarse este complemento suyo, y los dos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis querer abolir la explota-

ción de los hijos por sus padres? Confesamos este delito. Pero decís que estamos suprimiendo las relaciones más entrañables al reemplazar la educación doméstica por la educación social.

Vuestra educación ¿no está igualmente determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intromisión directa o indirecta de la sociedad mediante la escuela, etc.? Los comunistas no inventan la ingerencia de la sociedad en la educación; tan sólo modifican su carácter: arrebatan la educación a la influencia de una clase dominante.

Las peroratas burguesas sobre la familia y la educación, sobre las tiernas relaciones entre padres e hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria va destruyendo todos los lazos familiares entre los proletarios y transformando a los hijos en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

»Vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres«, nos grita a coro la burguesía.

El burgués considera a su mujer como un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser

explotados en común y, naturalmente, no puede imaginarse otra cosa sino que la propiedad colectiva comprenda también a las mujeres.

No barrunta que se trata precisamente de abolir la condición de la mujer como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que la indignación ultramoral de nuestros burgueses ante la supuesta comunidad oficial de las mujeres atribuidas a los comunistas. Los comunistas no necesitan implantar la comunidad de las mujeres pues ha existido casi siempre.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición a las mujeres y a las hijas de sus proletarios, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran su principal placer en la seducción recíproca de sus esposas.

El matrimonio burgués es realmente una comunidad de esposas. A lo sumo podría reprocharse a los comunistas que, en vez de una comunidad de mujeres hipócrita y disimulada, quieran establecer una comunidad franca y oficial. Por otra parte, se sobrentiende que, al abolirse las actuales condiciones de producción, desaparece también la comunidad de las muje-

res derivada de tales condiciones, es decir, la prostitución oficial y extraoficial.

Se les reprocha también a los comunistas el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. No se les puede despojar de lo que no tienen. En tanto que el proletariado, en primer lugar, debe conquistar el poder político, erigirse en clase nacionalmente dominante, constituirse él mismo en nación, es todavía nacional, pero de ningún modo en el sentido burgués.

El aislamiento y los antagonismos nacionales de los pueblos se borran cada vez más con el mero desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y con las condiciones de vida que les corresponden.

El poder del proletariado los hará desaparecer más aún. La unidad de acción, al menos en los países civilizados, es una de las condiciones primordiales de su liberación.

A medida que se vaya aboliendo la explotación de un hombre por otro, quedará abolida la explotación de una nación por otra.

Junto con la desaparición del antagonismo

en el seno de las naciones cesará la hostilidad mutua entre ellas.

Las acusaciones contra el comunismo formuladas desde los puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general no merecen un examen más detenido.

¿Es necesaria una mayor perspicacia para comprender que al cambiar las condiciones de vida del hombre, sus relaciones sociales y su existencia social, cambian también sus ideas, sus criterios y sus conceptos, en una palabra, su conciencia?

¿No demuestra la historia de las ideas que la producción espiritual se modifica con la material? Las ideas dominantes de una época fueron siempre tan sólo las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan a una sociedad entera; con ello se enuncia solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad han germinado los elementos de una sociedad nueva, que la disolución de las viejas condiciones de vida marcha a la par con la disolución de las viejas ideas.

Al entrar en ocaso el mundo antiguo, las religiones antiguas fueron vencidas por la reli-

gión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbían en el siglo XVIII ante las ideas racionalistas, la sociedad feudal libraba un duelo a muerte con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y libertad de conciencia sólo expresaban el triunfo de la libre competencia en el dominio de los sentimientos.

»Es cierto — se nos dirá — que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc. se modifican en el transcurso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política y el derecho se han mantenido siempre en medio de esos cambios«.

»Hay, además, verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todas las circunstancias sociales. Pero el comunismo suprime las verdades eternas; suprime la religión y la moral en vez de darles una forma nueva, contradiciendo así todo el desenvolvimiento histórico habido hasta ahora«.

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda sociedad se ha movido hasta ahora en el plano de los antagonismos de clase, que en las diferentes épocas presentaban formas diferentes.

Mas cualquiera que fuese la forma adoptada, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos pasados. No es de extrañar, por lo tanto, que la conciencia social de todas las épocas se haya movido siempre, a despecho de toda multiplicidad y diversidad, dentro de ciertas formas comunes, formas de conciencia, que sólo con la desaparición definitiva del antagonismo de clase llegan a disolverse completamente.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad heredas; no es de extrañar, pues, que en el curso de su desarrollo rompa del modo más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos de lado los reparos de la burguesía en contra del comunismo.

Ya hemos visto más arriba que el primer paso en la revolución obrera es la erección del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado empleará su poder político para arrebatar paulatinamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, en manos del proletariado organizado

en clase dominante, y para multiplicar lo más pronto posible el volumen de las fuerzas productivas.

De primera intención, como es natural, esto sólo puede suceder mediante una intervención despótica en el derecho de propiedad y en las condiciones de producción burguesas, es decir, con medidas que económicamente parecen insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasan a sí mismas y que son inevitables como medio de transformar todo el sistema de producción.

Estas medidas serán naturalmente distintas en los distintos países.

En los países más adelantados podrían, sin embargo, aplicarse en general las siguientes:

1. Expropiación de la tierra y asignación de la renta de los bienes raíces a los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición de la herencia.
4. Confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco Nacional, con capital del Estado y monopolio exclusivo.

6. Centralización de los transportes en manos del Estado.

7. Incremento de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción; roturación y mejoramiento de las tierras de acuerdo con un plan colectivo.

8. Trabajo obligatorio para todos; institución de ejércitos industriales, particularmente en la agricultura.

9. Explotación unificada de la agricultura y de la industria; expedientes para el allanamiento gradual de los distinguos entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo infantil en las fábricas, en su forma actual; vinculación del sistema educativo con la producción material, etcétera.

Una vez desaparecidas, en el curso del desarrollo, las diferencias de clases y concentrada toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público pierde su carácter político. El poder político propiamente dicho es el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. Cuando el proletariado en lucha contra la burguesía se constituye necesaria-

mente en clase, cuando se erige por una revolución en clase dominante y, como clase dominante, suprime violentamente las viejas relaciones de producción, entonces suprime, junto con esas relaciones de producción, las condiciones determinantes del antagonismo de clases, de las clases mismas, y con ello su propia dominación como clase.

En lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y sus antagonismos de clase, surge una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III
LITERATURA
SOCIALISTA Y COMUNISTA
I. EL SOCIALISMO REACCIONARIO
a) El socialismo feudal

En virtud de su posición histórica, las aristocracias francesa e inglesa estaban predestinadas a escribir libelos contra la sociedad burguesa moderna. En la Revolución Francesa de julio de 1830, y en el movimiento reformista inglés, habían sucumbido una vez más ante el odiado advenedizo. Ya no cabía pensar en una lucha política seria. Les quedaba únicamente la lucha literaria. Pero también en el terreno literario resultaba ya inaplicable la vieja fraseología de la Restauración. Para suscitar simpatía, la aristocracia hubo de olvidar, aparentemente, sus intereses y formular su acta de acusación contra la burguesía en defensa de los intereses de la clase obrera explotada. Así se dio la satisfacción de poder desatarse en invectivas contra

su nuevo amo y musitarle al oído profecías más o menos aciagas.

De este modo nació el socialismo feudal, mitad elegía, mitad libelo, mitad eco del pasado, mitad futura amenaza; a veces hiriendo a la burguesía en el corazón con su crítica amarga, ingeniosa y demoledora; siempre ridículo por su absoluta incapacidad de comprender la marcha de la historia moderna.

Para agrupar al pueblo en torno suyo, agitaron como bandera la alforja proletaria del mendigo; pero cuantas veces el pueblo los siguió, terminó por advertir en su trasero el viejo blasón feudal y se dispersó en medio de grandes carcajadas irreverentes.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra ofrecieron este espectáculo.

Cuando los señores feudales demuestran que su sistema de explotación era distinto del de la explotación burguesa, no hacen sino olvidarse de que explotaban en condiciones enteramente diferentes y hoy anticuadas. Cuando prueban que el proletariado moderno no existía bajo su dominio, no hacen sino olvidarse de que la burguesía moderna es precisamente un vástago inevitable de su orden social.

Por lo demás, disimulan tan poco el carácter reaccionario de su crítica, que su principal cargo contra la burguesía consiste precisamente en que bajo su régimen se está desarrollando una clase que hará saltar todo el antiguo orden social.

Reprochan a la burguesía mucho más el haber producido el proletariado revolucionario que el haber producido el proletariado en sí.

Por eso, en la vida política, participan en todas las medidas represivas contra la clase obrera, mientras que en la vida ordinaria se conforman, pese a toda su inflada fraseología, con recoger las manzanas de oro y chalanear la fidelidad, el amor y la honra a cambio de lana, remolacha y aguardiente.

Así como el fraile marchaba siempre mano a mano con el señor feudal, así el socialismo frailuno marcha de la mano con el feudaloide.

Nada más fácil que dar un barniz socialista al ascetismo cristiano. ¿No ha fulminado el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio y contra el Estado? ¿No ha predicado en su lugar la caridad y la vida mendicante, el celibato y la mortificación de la carne, la vida celular y la Iglesia? El socialismo

cristiano es tan sólo el agua bendita con la que el fraile consagra la ira del aristócrata.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía ni la única cuyas condiciones de vida se han atrofiado y extinguido en la moderna sociedad burguesa. El villanaje y la clase de los pequeños labriegos fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países industrial y comercialmente menos desarrollados, esta clase continúa vegetando junto a la burguesía que emerge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado una clase pequeñoburguesa que oscila entre el proletariado y la burguesía. Como complemento de la sociedad burguesa, dicha clase se reconstituye sin cesar, pero sus miembros son constantemente arrojados en el proletariado por la competencia. Es más: con el progreso de la gran industria ven acercarse el momento en que desaparecerán del todo como fracción independiente de la sociedad moderna; en que serán

remplazados en el comercio, la manufactura y la agricultura por capataces y sirvientes.

En los países como Francia, donde la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era natural que los escritores que abogaban por el proletariado en contra de la burguesía midiesen su crítica del régimen burgués por el rasero de la clase media o campesina y tomaran el partido de los obreros desde el punto de vista pequeñoburgués. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. El líder de esta literatura, no sólo en Francia sino también en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo analizó con gran sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Desenmascaró las falaces argucias de los economistas. Demostró irrefutablemente los efectos perniciosos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración del capital y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, la ruina fatal del pequeño burgués y del labriego, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la manifiesta desigualdad en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial entre las naciones, la disolución de

las antiguas costumbres, de las antiguas relaciones de familia, de las antiguas nacionalidades.

Sin embargo, conforme a su contenido positivo, este socialismo o bien restablecerá los antiguos medios de producción y de tráfico, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y la sociedad antigua, o bien volverá a encuadrar violentamente los medios de producción y de tráfico modernos en el marco de las antiguas relaciones de propiedad. En ambos casos es reaccionario y utópico a la vez.

Sistema gremial en la manufactura y economía patriarcal en el campo, he aquí su última palabra.

En su posterior desarrollo esta tendencia se ha extraviado en un cobarde amodorramiento.

c) El socialismo alemán o verdadero

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía dominante y que es la manifestación literaria de la lucha contra su poderío, fue introducida en Alemania en el preciso momento en que la

burguesía comenzaba su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, seudofilósofos y estetas alemanes se apoderaron ávidamente de esta literatura, pero olvidándose de que, al mismo tiempo que aquellas obras llegaban de Francia, no habían llegado también las condiciones sociales francesas. Frente a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdía todo significado práctico inmediato, tomando un aspecto puramente literario. No podía parecer sino una especulación ociosa sobre la realización del ser humano. Así, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que reivindicaciones de la »razón práctica« en general, y la manifestación de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa tenía a sus ojos el alcance de la ley de la voluntad pura, de la voluntad tal como debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

La labor de los literatos alemanes consistió exclusivamente en armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o más bien en asimilarse las ideas francesas desde el punto de vista filosófico propio.

Esta asimilación se efectuó del mismo modo que se asimila una lengua extranjera: por la traducción.

Es sabido cómo los monjes borraban los manuscritos que contenían las obras clásicas del antiguo paganismo, para sobrescribir en ellos insulsas historias de santos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa respecto de la literatura profana francesa. Deslizaron sus dislates filosóficos tras del original francés. Así, por ejemplo, tras de la crítica francesa de la función del dinero, escribían »enajenación del ser humano«; tras de la crítica francesa del Estado burgués, escribían »abolición del dominio de la universalidad abstracta«, etc.

La interpolación de esta fraseología filosófica en el pensamiento francés la bautizaron como »filosofía de la acción«, »socialismo verdadero«, »ciencia alemana del socialismo«, »base filosófica del socialismo«, etc.

La literatura comunista francosocialista quedó así formalmente castrada. Y, como en manos alemanas dejó de expresar la lucha de una clase contra otra, el alemán se convenció de haber superado la unilateralidad francesa y de haber defendido, en vez de las necesidades

reales, la Verdad en sí, y en vez de los intereses del proletariado, los del ser humano, del hombre en general, del hombre que no pertenece a clase alguna, ni siquiera a la realidad, sino al cielo nebuloso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomó tan en serio y tan solemnemente sus deslucidos ejercicios escolares y que los trompeteó con tanta charlatanería, perdió poco a poco, no obstante, su pedantesca inocencia.

La lucha de la burguesía alemana, y particularmente de la prusiana en contra de los señores feudales y de la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquirió mayor seriedad.

Al socialismo verdadero se le presentó así la anhelada ocasión de confrontar las demandas socialistas con el movimiento político; de lanzar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, el Estado representativo, la competencia burguesa, la libertad de prensa burguesa, el derecho burgués, la libertad y la igualdad burguesas; de predicar a las masas que con este movimiento burgués nada tenían que ganar y más bien todo que perder.

El socialismo alemán se olvidó a tiempo de

que la crítica francesa, de la cual era un eco insípido, suponía la sociedad burguesa moderna con las condiciones materiales de vida correspondientes y una constitución política adecuada, requisitos todos que en Alemania estaban aún por conquistar.

A los gobiernos absolutos de Alemania con su séquito de frailes, maestros de escuela, hidalgueros y burócratas, les sirvió este socialismo de conveniente espantajo contra la burguesía amenazadora en su ascenso.

Constituyó el complemento dulzón de los amargos latigazos y de las balas de fusil con que los mismos gobiernos reprimían los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el socialismo verdadero era, en manos de los gobiernos, un arma contra la burguesía alemana, entonces representaba también directamente los intereses de la reacción, los del villanaje alemán. La pequeña burguesía, legada por el siglo dieciséis, resurge desde entonces una y otra vez bajo formas diferentes y constituye en Alemania la verdadera base social de la situación existente.

Su conservación es la conservación del estado de cosas existente en Alemania. Teme que

la dominación industrial y política de la burguesía acarree su ruina segura, por un lado a consecuencia de la concentración del capital, y por el otro debido al ascenso del proletariado revolucionario. El socialismo verdadero le pareció capaz de matar los dos pájaros de un tiro. Se propagó como una epidemia.

La vestimenta tejida con telaraña especulativa, bordada de flores de ingenio y empapada de rocío amoroso, esta vestimenta delirante con que los socialistas alemanes encubrían sus cuatro pedantescas verdades eternas no hizo otra cosa que multiplicar las ventas de su artículo entre este público.

Por su parte el socialismo alemán ha ido comprendiendo cada vez más su vocación como representante campanudo de ese villanaje pequeñoburgués.

Proclamó a la nación alemana como la nación modelo y al filisteo alemán como hombre ejemplar. A cada baja de éste le dio un sentido oculto, superior y socialista cuando en verdad significaba todo lo contrario. Sacó la última consecuencia de todo ello al oponerse directamente a la propensión brutalmente destructora del comunismo y al proclamar su imparcial

superioridad por encima de cualquier lucha de clases. Todas las publicaciones presuntamente socialistas y comunistas que circulan en Alemania pertenecen, con muy pocas excepciones, a este género de literatura sucia y enervante*.

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR

O BURGUES

Una parte de la burguesía desea subsanar las *anomalías sociales* para asegurar la estabilidad de la sociedad burguesa.

Pertenecen a ella economistas, filántropos, humanitarios, mejoradores de la situación de la clase obrera, organizadores de la beneficencia, protectores de animales, fundadores de sociedades de temperancia, reformadores de tres al cuarto de toda laya. Este socialismo burgués llegó incluso a constituirse en sistemas enteros.

Citemos como ejemplo la *Philosophie de la misère* de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren las condi-

*La tormenta revolucionaria de 1848 ha barrido con toda esa lastimosa escuela y quitado a sus exponentes toda gana de seguir haciendo socialismo. El principal representante y prototipo de esa tendencia es don Carlos Grün (*Nota de F. Engels*).

ciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas ni los peligros que necesariamente surgen de ella. Quieren la sociedad existente, descontando los elementos que la subvierten y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, concibe el mundo en que domina como el mejor de los mundos. Con esta concepción consoladora fabrica el socialismo burgués un medio sistema o un sistema completo. Cuando exhorta al proletariado a poner en práctica su sistema y entrar en la nueva Jerusalén, en el fondo no hace otra cosa que exigirle que continúe en la sociedad actual pero abandonando sus ideas hostiles a la misma.

Otra forma del socialismo, menos sistemática pero más práctica, trató de malquistar a la clase obrera con todo movimiento revolucionario, demostrándole que no era tal o cual cambio político sino tan sólo una modificación de las condiciones materiales de vida la que podría serle útil. Por modificación de las condiciones materiales de vida, sin embargo, este socialismo no entiende en modo alguno la abolición de las relaciones de producción burguesas, sólo posible por medios revolucionarios, sino enmiendas

administrativas efectuadas sobre la base de estas relaciones de producción; o sea, sin alterar en nada la relación entre el capital y el trabajo asalariado, rebajar a la burguesía, en el mejor de los casos, los gastos de su dominación y simplificar su presupuesto nacional.

El socialismo burgués alcanza su expresión adecuada cuando se convierte en una figura retórica y sólo entonces.

¡Comercio libre! — en interés de la clase trabajadora; ¡aranceles proteccionistas! — en interés de la clase trabajadora: he ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha pronunciado en serio.

Su socialismo consiste precisamente en afirmar que los burgueses son burgueses — ¡en interés de la clase trabajadora!

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO

CRITICO-UTOPICOS

No hablamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del prole-

tariado para imponer sus propios intereses de clase en una época de agitación general, en el período del colapso de la sociedad feudal, fracasaron inevitablemente, tanto por la inmadurez del proletariado mismo como por faltar las condiciones materiales para su emancipación, que son precisamente el producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a esos primeros movimientos del proletariado es, por su contenido, necesariamente reaccionaria. Preconiza una ascética general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., surgieron en el primer período inmaturo de la lucha entre el proletariado y la burguesía, expuesto más arriba (Véase *Burgueses y proletarios*).

Los inventores de estos sistemas no dejan de ver el antagonismo de clases, o la eficacia de los elementos disolventes en la sociedad dominante misma. Pero no advierten, del lado proletario, ninguna independencia histórica, ningún movimiento político propio de él.

Como el desarrollo del antagonismo de clases marcha al unísono del desarrollo indus-

trial, esos ideólogos tampoco encuentran las condiciones materiales para la emancipación del proletariado y se empeñan en la búsqueda de una ciencia social y de leyes sociales a fin de crear estas condiciones.

A la actividad social debe anteponerse su propia actividad inventiva; a las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; a la organización paulatina del proletariado como clase, una organización social incubada ex profeso. El porvenir de la historia se reduce para ellos a la propaganda y a la realización práctica de sus planes sociales.

A decir verdad, tienen la conciencia de defender en sus planes sobre todo los intereses de la clase obrera por ser la clase más sufrida. Sólo bajo este aspecto de la clase más sufrida existe para ellos el proletariado.

Pero tanto la forma rudimental de la lucha de clases como sus propias condiciones de vida los inducen a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Quieren mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, incluso de los más afortunados. Por eso hacen constantes llamamientos a la sociedad entera sin distinción, aunque de pre-

ferencia a la clase dominante. Como que basta simplemente con comprender su sistema para reconocer en él el mejor plan posible de la mejor sociedad posible.

De aquí que repudien toda acción política y, en particular, toda acción revolucionaria. Quieren lograr sus fines por medios pacíficos y tratan de desbrozar el camino para el nuevo evangelio social a fuerza de ejemplo y de pequeños experimentos que, naturalmente, fracasan.

El cuadro fantástico de la sociedad futura, expuesto en una época en que el proletariado, aún sumamente rudimental, concibe su propia situación de un modo también fantástico, corre parejas con sus primeras y tímidas aspiraciones a una transformación general de la sociedad.

Pero los escritos socialistas y comunistas contienen también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad actual. Han aportado, por lo tanto, un material sumamente valioso para la ilustración de los trabajadores. Sus tesis positivas acerca de la sociedad futura —como por ejemplo, la abolición de los distinguos entre la ciudad y el campo—, de la familia, del lucro particular y del trabajo asalariado; la proclamación de la armonía social, la trans-

formación del Estado en una simple gerencia de producción, expresan meramente el cese del antagonismo de clases que apenas comienza a esbozarse y al que apenas conocen en su primera vaguedad amorfa. Esas mismas tesis, por consiguiente, tienen todavía un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y el comunismo crítico-utópicos está en razón inversa del desarrollo histórico. En la misma medida en que la lucha de clases se desenvuelve y toma forma, ese fantástico sentirse por encima de ella, esa fantástica impugnación de la misma, pierden todo valor práctico, toda justificación teórica. Por eso, aunque en muchos aspectos los autores de tales sistemas fueron revolucionarios, sus discípulos forman cada vez sectas reaccionarias. Frente a la evolución histórica del proletariado, se aferran a las viejas concepciones de los maestros. Tratan, en consecuencia, de entorpecer nuevamente la lucha de clases y de conciliar los antagonismos. Aún siguen soñando con la realización experimental de sus utopías sociales: fundación de falansterios aislados, establecimiento de *home-colonies*,

creación de una pequeña Icaria* —edición de tres al cuarto de la nueva Jerusalén— y para erigir todos esos castillos en el aire tienen que apelar a los corazones y las faltriqueras de la filantropía burguesa. Paulatinamente van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba, y se distinguen de éstos tan sólo por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en los milagrosos efectos de su ciencia social.

Por eso se oponen con saña a todo movimiento político de los trabajadores que sólo puede resultar de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia reaccionan contra los cartistas allá y contra los reformistas acá.

**Home-colonies* (colonias-hogares) llama Owen a sus sociedades comunistas modelo. Falansterio era el nombre de los palacios sociales planeados por Fourier. Icaria era el utópico país de fantasía, cuyas instituciones comunistas fueron descritas por Cabet (*Nota de F. Engels*).

IV

ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICION

Como se expuso en el capítulo II, la relación entre los comunistas y los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma y así también su posición con respecto a los cartistas ingleses y los reformistas agrarios norteamericanos.

Luchan por la consecución de los fines e intereses inmediatos de la clase trabajadora, pero al mismo tiempo representan, en el movimiento obrero actual, el porvenir del movimiento. En Francia únense los comunistas al Partido Socialista Democrático* contra la burguesía conservadora radical, sin renunciar por ello al derecho de adoptar una actitud crítica respecto de las frases e ilusiones heredadas de la tradición revolucionaria.

*El que en Francia se llamaba entonces Partido Socialista Democrático estaba representado políticamente por Ledru-Rollin y literariamente por Louis Blanc; había, pues, una diferencia como de la noche al día entre él y la socialdemocracia alemana de hoy (*Nota de F. Engels*).

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte socialistas democráticos en el sentido francés y en parte burgueses radicales.

Entre los polacos los comunistas apoyan al partido que considera una revolución agraria como condición de la liberación nacional, el mismo partido que llevó a cabo la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, tan pronto como la burguesía adopta una actitud revolucionaria, el Partido Comunista lucha junto a ella contra la monarquía absoluta, contra la propiedad feudal de la tierra y contra la pequeña burguesía.

Pero en ningún momento se olvida de mantener viva en los obreros una conciencia lo más clara posible del antagonismo hostil entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los trabajadores alemanes sepan tornar las condiciones sociales y políticas que la dominación burguesa forzosamente trae consigo en otras tantas armas contra la burguesía; a fin de que, después del derrocamiento de las clases reaccionarias en Alemania, comience de inmediato la lucha contra la burguesía misma.

Los comunistas concentran su principal atención en Alemania, por encontrarse este país en vísperas de una revolución burguesa y porque en él es posible llevarla a cabo en condiciones de civilización europea generalmente más avanzada y con un proletariado mucho más desarrollado que los de Inglaterra en el siglo diecisiete y de Francia en el dieciocho; por lo cual la revolución burguesa alemana sólo puede ser el prelude inmediato de una revolución proletaria.

En suma, los comunistas apoyan dondequiera todo movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas existentes.

En todos estos movimientos ponen de relieve que la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos evolucionada que pueda revestir, es la cuestión fundamental del movimiento.

Por último, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el entendimiento entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas repudian disimular sus ideas y propósitos. Declaran abiertamente que sus fines sólo pueden lograrse por la subversión violenta de todo el orden social existente. Bien

pueden temblar las clases dominantes ante una
revolución comunista. Los proletarios nada
tienen que perder en ella salvo sus cadenas.
Tienen un mundo por ganar.

¡Proletarios de todos los países,
uníos!